

PORTE PAGO

Acción Obrera

ÓRGANO OFICIAL DEL SINDICATO O. DE LA INDUSTRIA DEL MUEBLE

(CONSTITUÍDO POR LOS EX SINDICATOS DE EBANISTAS, TAPICEROS, ESCULTORES, DORADORES Y TORNEROS)

ADHERIDO A LA UNIÓN SINDICAL ARGENTINA Y A LA UNIÓN OBRERA LOCAL DE BUENOS AIRES

Redacción: RIOJA 835 — BUENOS AIRES, JULIO DE 1925 — Año II. — Núm. 15.

La huelga del personal del taller Ponti finalizó con un triunfo

Después de cinco meses de lucha fué vencida la resistencia de la Sociedad de Fabricantes de Muebles, expulsado del taller el personal adventicio suministrado por la Asociación del Trabajo, restablecido el pago semanal y materializada la aspiración de centralizar el trabajo

El 23 de febrero, el personal de la casa Ponti y Cía. iniciaba una huelga por el restablecimiento del pago semanal, huelga que triunfó totalmente diez días antes de cumplirse los cinco meses.

Con anterioridad a esta huelga el mismo personal ya había mantenido pequeños conflictos por la misma causa, pues el señor Ponti era de aquellos patrones que piensan someter a los trabajadores a la experiencia del burro del cuento, al que se le hacía trabajar sin comer, y que murió cuando más adelantado estaba en el aprendizaje, fracasando así los cálculos optimistas que habían hecho sus dueños sobre su rendimiento.

En esta oportunidad Ponti se dispuso a empeñar recia batalla a objeto de salir con la suya. Sus vastos deseos justificaban su actitud resuelta. Quería obreros competentes y que produjesen con intensidad casi ilimitada.

En cuanto al pago de sus salarios lo efectuaría «cuando pudiese». Estaba en su casa; hacía como dueño lo que quería y por lo tanto rechazaba indignado la «tiranía» que Sindicato y personal trataban de imponerle, al exigirle el pago con puntualidad.

Como dueño de casa despidió al personal cuando fué por éste advertido de que se negaba a trabajar si previamente no se comprometía a pagar todas las semanas sin excepción.

EL PRIMER ÉXITO PATRONAL

Libre de la «tiranía sindical», el señor Ponti solicitó y obtuvo la ayuda de sus colegas de la Sociedad de Fabricantes de Muebles y Carpinterías Mecánicas.

Su ideal de contar con un personal numeroso, competente y poco exigente en materia de salarios y pago de los mismos, comenzó a realizarse.

A la segunda semana de huelga tenía quince carneros facilitados por la patronal. Una semana después la suma se duplicaba, y a la tercera en la casa Ponti había más carneros que trabajadores en épocas de normalidad.

Suministró algunas *fariñeras* a los más pusilánimes, para defenderse de las impertinencias de los huelguistas; envióle la patronal un animalote muy corpulento para vigilar el rebaño, llamado Benavidez por unos y Kalisay por otros, al servicio del cual puso unos cuantos sujetos encargados de molestar a los huelguistas; y así las cosas se dispuso a traficar con las energías de sus nuevos elementos hasta llegar a millonario.

Para Ponti se había terminado la huelga, el Sindicato, todo lo que hasta entonces le impedía ser dueño absoluto de su casa.

Tan seguro estaba de poder eternizar su nueva y ansiada situación, que un día—y a los pocos de haberse declarado el conflicto—dijo al Comité de huelga, que vigilaba a cinco metros de la fábrica, que podía esperar tranquilo, ofreciéndole unas sillas para que la espera no le resultara tan molesta.

Comentando su nueva situación y manifestando el placer que le producía, declaraba a un amigo lo siguiente:

—¡Qué arrepentido estoy de no haber dado antes este paso! Tengo cuarenta obreros competentes, laboriosos, que no andan molestando con macanas del Sindicato sobre horarios, labeles, delegados; que si se puede hacer ésto, que si aquéllo no. ¡Y con qué facilidad los obtuve! Nuestra sociedad de patrones es una maravilla de perfección. Un pedido por teléfono, y de inmediato llegan los obreros que uno desea. Tengo obreros de sobra. Y estoy en condiciones de regalarle unas cuantas carretadas de ellos al Sindicato si los necesita.

DE EXITO EN EXITO

Los carneros fueron notificados de que el pago de sus haberes se efectuaría cada dos sábados. Así se hizo una vez, pero a la segunda la promesa falló. En vez de pagarse las dos semanas de trabajo se pagaba una. Al poco tiempo la situación del patrón mejoró: los días de pago eran dos solamente al mes; el 1 y el 16, siempre que no cayesen en sábado, porque en tal caso se pagaría el lunes próximo. ¡Qué situación más deliciosa para un patrón! Después de esta modificación... se pagaba cuando se podía.

Las ventajas no eran sólo de esa índole. Una vez un carnero embistió un tablón con sus güampas, lesionándose. En tiempos del Sindicato, un obrero accidentado era un clavo: había que pagarle el jornal. Pero ahora no. Si un carnero se lastimaba—como le ocurrió al de la embestida—a lo sumo se le llamaba animal y después se le mandaba a su casa a curarse. Luego un «golpe» de teléfono a la patronal y esta mandaba una carretada de carneros para substituir al inutilizado.

¡Como para arreglos con el Sindicato estaba la situación!

AMIGOS Y PROTECTORES A GRANEL

A todo esto hay que agregar la protección que a Ponti se le dispensaba en todas partes.

Contaba con los buenos oficios de Kalisay, el agente de la patronal, cuyos servicios comenzaban con la vigilancia de la entrada de los carneros al taller, la que era mantenida durante las horas de trabajo, y terminaba cuando aquéllos habían abandonado el taller. Los subalternos de Kalisay eran para el señor Ponti la garantía de que los carneros no serían molestados por los huelguistas, y al efecto les hacían compañía hasta donde fuese necesario, lo mismo a su domicilio que a la sección Orden Social de la policía a formular denuncias de supuestos atentados a la «libertad de trabajo» cometidos por los huelguistas. Después tenía a su servicio dos empleados de investigaciones que acompañaban a los crumiros, los incitaban a que le «rompieran el alma» a los huelguistas, y como no lo conseguían, los detenían a éstos por su cuenta, a lo mejor a cinco cuadras del taller, y los trasladaban al Departamento de Policía, donde con la complacencia de sus jefes se les culpaba de «obstaculizar la libertad de trabajo».

Todo tenía a su favor el señor Ponti. Diríase que era el eje del mundo, que todo giraba en torno suyo, y que cuanto vive y palpita en la tierra no tendría más razón de existir si él expirase.

¡Y pensar que jamás había sospechado en la facilidad con que se consigue tanta dicha!

CONTRARIEDADES

La medalla tiene su reverso. El período del goce fué para Ponti de suma intensidad, pero de corta duración. Pronto vinieron las contrariedades, insignificantes primero, luego más serias, después temibles y por último con caracteres catastróficos.

Al iniciarse la huelga, y recogiendo una iniciativa del señor Ponti, la patronal remitió a sus afiliados la nómina del personal huelguista con el fin de no darle trabajo en ningún taller y rendirlo por el hambre. Pero Ponti notó, con la sorpresa consiguiente, que los resultados de la nota patronal eran contraproducentes. Diríase que los patrones, en vez de una lista negra habían recibido una carta de recomendación del personal huelguista, proveniente de una fuerza cuya influencia era imposible eludir.

En efecto, ocho días después del envío de la nómina, se colocaba en distintos talleres la casi totalidad del personal.

Tras esta contrariedad, Ponti experimentó otras mayores.

Los obreros adventicios que más le rendían se los anuló el Sindicato. Los «fieles» a la casa terminaron a duras penas algunos trabajos que los interesados devolvieron por inservibles.

Notó con mucho disgusto que los materiales, las herramientas, etcétera, habían adquirido la facultad de evaporarse. Para contrarrestar esta metamorfosis extremó la vigilancia; pero todo fué inútil. Los materiales de más densidad y mayor volumen se esfumaban más fácilmente que las volutas de humo de un cigarrillo.

Para amenizar la adversidad, que iba en aumento y amenazaba desastre, los carneros reñían con frecuencia entre sí, tomándose a golpes de vez en cuando. El taller parecía, en tales casos, un ring para aficionados al boxeo.

Para colmo, a fin de cada mes aparecía Kalisay, el agente de la patronal, con la lista de gastos originados por la custodia del taller. La custodia era muy necesaria para garantizar el boxeo de los «libres» y asegurarles tranquilidad durante las ocho horas diarias dedicadas a arruinar los trabajos que se les entregaban y ayudar a los objetos de valor a fugarse de la propiedad de Ponti.

SÍNTOMAS DE RENDICIÓN

El optimismo de la primera hora estaba en baja. Con todo, Ponti intentó salir del paso poniendo a prueba la unidad del personal. Por medio de recursos comunes trató de interesar a algunos de los compañeros huelguistas para que volvieran al taller. Dió sonrisas y ofreció puestos que el personal solicitado rechazó con altivez. Únicamente un infeliz, de pésimos antecedentes sindicales, traicionó la huelga a los tres meses de iniciada. Pero un carnero no le resolvía el problema, que cada vez era más intrincado, y fué entonces que el señor Ponti se dirigió por carta al personal, invitándolo a comparecer en el taller un día lunes. El que no lo hiciese así quedaría despedido de la casa.

Comprobada la inutilidad de la invitación, decidió llamar una delegación del Sindicato.

Habían transcurrido cerca de cuatro meses desde la iniciación de la huelga.

Compareció la delegación y convino con el señor Ponti las siguientes condiciones para poner fin a la lucha:

1º Expulsión del personal adventicio.
2º Reposición del personal huelguista.
3º Pago semanal.
4º Centralización del trabajo.

Con la aceptación de esas condiciones por parte del señor Ponti, el conflicto quedó en principio solucionado.

Faltaba aclarar unos detalles, tal el de la fecha en que se debía reanudar el trabajo, y cuando guiada de esos propósitos se apersonó nuevamente la delegación al señor Ponti, fué advertida por un representante de la patronal que nada había en concreto de lo convenido, puesto que Ponti no tenía facultad para solucionar el conflicto. Y la patronal, según su representante, no pensaba dar ningún paso que implicase reconocer su derrota.

El conflicto quedaba en pie.

Pocos días después, el señor Ponti volvió a manifestar deseos de poner fin a la huelga prescindiendo de los oficios del señor que la última vez dificultó su solución.

A su requerimiento fué nuevamente la delegación. Pero esta vez no se encontró solamente

En cuanto a la solución del conflicto, ello no pasaba de un deseo del señor Ponti. La patronal se oponía a la solución mediante proposiciones inaceptables.

Proponía mantener en el taller seis o siete adventicios, y completar el personal con huelguistas seleccionados por el patrón, y rechazaba como motivo de huelga la falta de puntualidad en el pago.

Fracasada en sus propósitos, la patronal propuso en último término el arbitraje.

Como es de suponer, esta proposición no fué considerada por nuestra delegación.

Terminó la entrevista quedando el conflicto en pie.

EL TRIUNFO

Después de la entrevista con la patronal la huelga estaba, en lo que respecta a su solución, como en su primer día.

¿Cuánto duraría? Eso era un misterio.

Lo que si se podía asegurar es que difícilmente duraría otros cuatro meses más.

El tiempo transcurrido había dejado sobre los intereses de Ponti la huella profunda del desastre.

Para resistir por mucho tiempo sólo contaba con las exhortaciones al heroismo de sus colegas, muy interesados en no comprometer sus intereses complicándolos en un conflicto sin otras perspectivas que las de perder.

A Kalisay ya lo había licenciado. No le hacía gracia la presencia de su voluminosa figura, por demás costosa y completamente inútil para subsanar las deficiencias del personal de la fábrica.

Igualmente había licenciado a los pesquisas de Orden Social, terneros mamones, según dijo después en consideración a los pesos que le costaron en concepto de copetines, almuerzos, cigarrillos y gratificaciones en dinero.

La patronal había dejado de ser perfecta. No era ya más puntual para mandar carneros, y cuando los mandaba era de ver qué clavos. Gentes así debieran estar en presidio. ¡No solamente los ladrones merman la propiedad!

En esta circunstancia recordó que una vez había pedido ebanistas y la patronal le mandó de todo, hasta músicos, menos ebanistas y afines que era lo que él necesitaba.

El hombre ya no se sentía con humor para ofrecer carretadas de obreros «competentes y laboriosos» al Sindicato. Pensaba, mesándose el cabello, que quien necesitaba de los obreros del Sindicato era él. Son un poco exigentes, es verdad, pero responden con su competencia a las necesidades de la industria. ¡No faltaba más que los otros «asesinos» fuesen exigentes! Parecen malditos. Cuánto tocan, cuánto destruyen. Sólo sirven para alcahuetes. Y la alcahuetería como mano de obra, no sirve.

No había transcurrido un mes desde la en-

trevista con la patronal, cuando Ponti solicitó—era la tercera vez—una delegación.

Estaba facultado para solucionar el conflicto Así lo había dispuesto la patronal. Ésta—si bien tácitamente—denunciaba su derrota al nc tomar parte en la solución del conflicto. Sin embargo, era de verla un mes atrás, cuando malogró la solución dada con Ponti, mediante el envío de un representante, y días después al recibir la delegación obrera. Ia derrota es tanto más significativa cuanto que la patronal es la primera vez que en forma ostensible y porfiadamente dirige una lucha contra los trabajadores de la industria.

La delegación ratificó al señor Ponti las condiciones anteriores. Aceptadas por el interesado. se fijó el día 13 de julio para reanudar el trabajo.

El personal triunfó en la huelga merced a su encomiable espíritu de solidaridad, contra el cual se estrellaron las argucias del patrón, y por el decidido apoyo que el Sindicato le dispensó en el curso de la larga lucha, siempre atento al propósito de salir victorioso de esta prueba.

LOS ADVENTICIOS

Dos días antes, el sábado 11, fueron destituídos en bloque los adventicios.

Sabedores del hecho, muchos militantes del Sindicato se apostaron por las inmediaciones del taller a fin de presenciar el desfile. La concurrencia de compañeros despertó curiosidad en el vecindario y esta circunstancia determinó un apreciable aporte al número de los curiosos.

Al medio día comenzó el desfile.

Tres o cuatro de los veinte y tantos adventicios sonreían cinigamente. No les avergonzaba la curiosidad de que eran objeto y alzaban los hombros cuando se les dirigía alguna pulla. Miraban con desconfianza a los compañeros que de buen modo les hablaban y sólo a la vista de la máquina fotográfica se apoderó de ellos una especie de terror que los puso en fuga. Los dos vigilantes que presenciaron la escena compartían con el público la burla de que se hacía objeto a esos carneros. ¡Ni los vigilantes a su favor! ¡Qué diferencia de ayer a hoy!

Parientes del patrón reían también en la puerta del taller de la situación de los desgraciados crumiros. Daban así el contenido de las promesas que les formularon durante cerca de cinco meses de conflicto. Todo eso sonaba a hueco, pero nunca como en ese momento percibieron tan exactamente los despedidos la oquedad del lenguaje patronal.

Ni Kalisay en el trance amargo, ni los pesquisas de Orden Social, otrora tan serviciales. ¡Y los vigilantes habían subvertido los papeles! De protectores de los «libres» pasaron a ser sus escarnecedores. Bien dicen que del árbol caído todo el mundo hace leña.

Muchos se sonrojaron y agacharon la cabeza. En esa forma cruzaron por entre los grupos de compañeros.

¿Habrán adquirido conciencia de su reprobable actitud, tantas veces significada inútilmente en el curso del conflicto por los compañeros huelguistas?

Si es así están en el camino de su elevación. Para esta clase de hombres el Sindicato tiene siempre sus puertas abiertas.

Porque el error tiene siempre una disculpa.

LA TIRANÍA DE LA CITY

LA VUELTA AL PATRON ORO

Días ha, el diario «La Vanguardia», al transcribir un artículo del «El Obrero Ferroviario» sobre el pago de los salarios a oro, para recalcar su importancia y valor no encontró nada mejor que recordar que los militantes sindicalistas se habían burlado de esa preocupación tan «fundamental». Por más que se trata de un problema mas bien capitalista que obrero, transcribimos de la prensa socialista de España el presente artículo en que el profesor Julián Besteiro, miembro del partido socialista español comenta la vuelta de Inglaterra al patrón oro por el que se verá que, contrariamente a lo que opina el doctor Justo y sus acólitos, esa medida a juicio del socialista español, constituye un verdadero negocio para los banqueros y rentistas y una seria amenaza para los obreros ingleses. Y con ello nos parece que queda plenamente justificada la actitud de esos militantes tan odiados por los socialistas que, con verdadera comprensión de la realidad, no creyeron conveniente embarcar a la organización en campañas de tan dudosos resultados.

Perdón por nuestra osadía al penetrar en el laberinto sagrado del mundo financiero, con sus caminos tortuosos, con sus santuarios resplandecientes de riqueza, con sus áureas divinidades, con sus sacerdotes y acólitos, oficiantes de ritos extraños.

Sólo con oir, en boca de los iniciados, las mágicas palabras de esa liturgia singular, que parece revestir los prestigios de la ciencia moderna con las fórmulas misteriosas de los cultos ancestrales, nuestro ánimo se sobrecoge con un prudente temor.

«Patrón oro, descuento bancario, equilibrio de la balanza comercial, inflación y deflación fiduciarias, divisas nacionales y extranjeras», son para nosotros, como para el hombre de la calle, términos que, aislados, pueden tener quizá una cierta significación inteligible; pero que hábilmente combinados por los especialistas, sabiamente compuestos por los privilegiados poseedores de los íntimos secretos de la vida económica, llenan el pensamiento de perplejidades y de dudas y hasta insinúan en el espíritu ingenuo la sospecha de que, en el fondo de tanta exuberancia de lenguaje, acaso no existe un verdadero saber, sino sólo una imponente y atrevida superchería.

La vuelta al patrón oro es hoy la fórmula mágica que llena el mundo de estupor y va recorriendo los continentes en una marcha triunfal.

La elaboraron los banqueros de la City, la proclamó solemnemente en la Cámara Inglesa el ministro de Hacienda del Gobierno conservador, la aceptaron los financieros de Nueva York, la acogieron con entusiasmo las colonias británicas, se adhirieron a ella gran número de naciones europeas, y hasta del Extremo Oriente llegaron nuevas proclamando el fervor con que la acata el Gobierno japonés.

La vuelta al patrón oro, ha proporcionado a Mr. Churchill un resonante triunfo en el mundo de los banqueros, de los industriales, de los rentistas, de los Gobiernos que más genuinamente representan las ideas y las pasiones con las cuales se teje el alma del capitalismo.

He ahí un hecho indiscutible. Y, sin embargo, he ahí también que el hombre de la calle, el alma ingenua de la masa de consumidores y productores ha dado en pensar que ese triunfo del ministro de Hacienda inglés es más aparente que real y que el restablecimiento del patrón oro constituye un expediente tan atrevido como peligroso, llamado a acentuar la crisis económica que hoy sufren las grandes potencias y tal vez a desencadenar la tempestad y romper el equilibrio, tan difícilmente mantenido en la vida industrial moderna.

Hoy es arriesgado legislar sin tener en cuenta las necesidades de la muchedumbre, con la vista puesta solamente en los intereses de las clases privilegiadas por la fortuna.

El legislador que incurre en tal falta se expone a encontrarse con la desagradable sorpresa de que el mundo real sobre el cual se creía operar se trueque súbitamente en un mundo de fantasmas, y que nuevas realidades, para él desconocidas, pero llenas de pujanza y de vida, le salgan resueltamente al paso como otras tantas fuerzas hostiles.

Ya cuando Mr. Churchill defendía en la Cámara inglesa su proyecto de presupuestos (ese acabado modelo de sofistería conservadora), pudo apreciar los síntomas de la próxima tormenta al verse obligado a interrumpir su discurso por las protestas que suscitaran en los bancos laboristas algunas de sus impremeditadas palabras acerca de los obreros sin trabajo.

Míster Churchill no pertenecía al Parlamento que actuó de 1923 a1924, y tal vez la victoria electoral conservadora, que ha permitido la formación del Gobierno a que pertenece, le había hecho olvidar que en la Cámara inglesa se sientan, no sólo representantes genuinos de los obreros que sufren las consecuencias de la actual depresión industrial, sino hombres que, víctimas ellos mismos de esa depresión, han recorrido en busca de trabajo las calles de Londres, convertidas para dos millones de trabajadores en verdaderos caminos de amargura.

Después de su celebrado discurso, Mr. Churchill tuvo que oir, no sólo las prudentes y mesuradas advertencias de Snowden, sino las críticas acerbas de Lees-Smith, de Pethick-Lawrence, de Dalton, de Federico Wise, de Keynes, que supo desenmascarar la pretendida política de seguros sociales preconizada por el ministro y demostrar su verdadera significación, como un intento de rebajar el valor efectivo de los salarios.

Pero ha sido cuando se han disipado los primeros efectos de la maestría retórica de Mr. Churchill cuando han empezado a aparecer los ataques más certeros a la política económica del actual Gobierno inglés.

H. N. Brailsford recuerda oportunamente que este mismo Mr. Churchill, que ahora somete a Inglaterra a un experimento tan arriesgado como el que supone el restablecimiento del patrón oro, fué el que hace diez años, en plena guerra concibió el proyecto de forzar los Dardanelos con el propósito de terminar rápidamente la contienda.

Aquel fué un experimento guerrero; éste es un experimento económico. Mas pudiera ocurrir que, así como en la aventura de Gallípoli resultaron sacrificados miles de combatientes, en la aventura del restablecimiento del patrón oro resulten sacrificados miles y aun millones de trabajadores.

Lo más grave, sin embargo, para la situación conservadora y para el capitalismo inglés no son estas sospechas nacionales.

Lo más grave es que las habilidades retóricas el dominio de la dialéctica parlamentaria, la posesión de todos los recursos de una ciencia económica, en la cual parecen haberse refugiado las antiguas sutilezas de la Teología y de la Metafísica, no pueden evitar que los hombres sencillos comprendan verdades claras y, como ellos sencillas también; pero que constituyen una clave segura para descifrar los enigmas con los cuales las esfinges de la burguesía pretenden amedrentar a las multitudes.

El trabajador inglés sabe por experiencia propia que el restablecimiento del patrón oro no es un invento original del ministro de Hacienda conservador, sino el resultado de una política de saneamiento de la monedá, que conforme ha progresado ha ido acentuando la depresión industrial y aumentado el ejército de los sin trabajo.

El obrero inglés conoce que ese precioso artificio económico, por el cual el billete de banco ha ido recobrando su valor en oro, no solamente le ha conducido a situaciones crueles, sino que en cambio, ha tenido la virtud de hacer ingresar en las arcas de los rentistas que suscribieron las deudas de guerra la suma fabulosa de 2.000 millones de libras.

Partiendo de la percepción de estos hechos, que tan directamente le afectan, el trabajador de la industria inglesa comprende que las medidas financieras propuestas por el actual Gobierno no pueden sino intensificar los males que desde hace cinco años viene padeciendo.

Ya han dicho los expertos que el equilibrio de la libra esterlina y el dólar carece de eficacia industrial si no es completado por el equilibrio de los precios de los productos ingleses y americanos. Si los propios americanos no suben, los industriales ingleses querrán rebejar precipitadamente los suyos, no por medio de una reorganización técnica ni imponiéndose ellos mismos sacrificios, sino tratando de imponérselos a los obreros que trabajan en sus talleres.

Ante esta amenaza, la masa obrera de Inglaterra, libre de la superstición del valor del oro que el capitalismo comparte con las más primitivas Sociedades, se dispone a estrechar sus filas para conquistar el Poder y proceder a la organización científica y democrática de la industria socializada, como único medio de lograr la estabilidad económica que en vano intentan conseguir los dictadores de la City y sus más sumisos instrumentos, los gobernantes conservadores.

JULIÁN BESTEIRO

La causa de este secular engaño, que degenera ya en farsa sangrienta, está actualmente en la superstición del Estado, como antes radicaba en la superstición deista. Se ha hecho creer al obrero que el progreso, en el orden de cosas que fuere, se debe a la dirección política, y que cambiando de formas de gobierno, como antes se cambiaba de santos patrones, es como mejora y avanza la sociedad entera. Esa creencia en la superioridad del agente político le hace descuidar y aún desdeñar el agente económico y le desvía del ejercicio de su acción directa, que le haría avanzar sobre el terreno sólido, material, y no movedizo como el terreno de la política.

JOSÉ PRAT

OTRA VEZ EL DIARIO BOLCHEVIQUE

Hace dos meses, al ocuparnos del enojo que al órgano máximo del comunismo produjo nuestra edición del 1º de mayo, señalábamos la seguridad de que ese disgusto iba a reproducirse, dada la imposibilidad, de nuestra parte, de rendir culto a las supercherías consagradas por el bolcheviquismo. Y el enojo ha vuelto a manifestarse a propósito de un informe sobre el hambre de los maestros rusos, tomado de «Informaciones Sociales», e insertado en nuestra edición del mes último.

Como en aquella oportunidad, el diarito bolchevique arremete contra la firma, prescindiendo absolutamente del contenido del escrito.

Lo que a nosotros nos interesa en este caso —¡y en todos los casos, susceptible colega!— es el escrito en sí.

¿Contiene verdad? ¿Es, por lo contrario, un tejido de embustes?

Aquí está lo interesante, pues lo demás es tan risible como el pretendido monopolio de la verdad por cuenta de la prensa bolchevique.

El informe de referencia, publicado por uno de los boletines de la Oficina Internacional del Trabajo, no es invención de la Liga de las Naciones, como afirma el enceguecido colega, sino una recopilación de datos acerca de la vida de los maestros rusos, tomados de su último congreso sindical, celebrado en Moscú, y del «Trud», órgano oficial de la Central Obrera rusa, y de «Cuestiones del Trabajo», órgano oficial del Comisariado del Trabajo, y de «Pravda», diario comunista.

Si por la transcripción de ese informe revelador somos pasibles de la acusación de estar al servicio del fascismo—como piensa el diarito enojado,—hay que convenir que los gobernantes rusos sirven a esa causa desde antes que nosotros, pues de sus periódicos parte la denuncia sobre el estado de los maestros rusos. Y decimos de sus periódicos, sin que la más leve vacilación nos detenga la pluma, por que en la República rusa no hay más prensa que la oficialista.

El diario bolchevique se dió en los dientes con el canto que pensaba arrojarnos.

De esta actitud nuestra, el diario que nos ocupa saca en conclusión que somos anticomunistas, pues además nos atribuye la condición de enemigos de Rusia; lo que, dicho sea de paso, no es exacto, como tampoco lo somos de ningún otro país. Y extremando su agudeza de psicólogo llega a prever que uno de los redactores de este periódico terminará en el alvearismo.

¿Así, tan absolutamente, regocijante colega?

Sin dárnoslas de previsores, y sin el propósito—¡Dios nos libre!—de establecer un caso de analogía, nosotros estamos en condiciones de señalar al colega, con nombres, pelos y señales, individuos eminentemente anticomunistas que fueron a dar de bruces en el partido comunista. Uno de ellos—tan groseramente anticomunista como grosero lo es ahora en el otro extremo—manifestaba como motivo fundamental de su oposición al bolcheviquismo, el supuesto culto que sus jefes locales rendían a Sodoma. No sabemos si por evolución hacia ese mismo culto o por irresponsabilidad, el anticomunista se sintió tan identificado con los comunistas que ingresó a ese partido, en el que fué recibido con los brazos abiertos.

Ya ve el colega cómo tenemos serios motivos para dudar de su sagacidad al suponer en un compañero nuestro determinada orientación política, no por el hecho de ser anticomunista al modo del aludido más arriba —tal confusión le avergüenza,—sino por resistirse a tragar ciertas ruedas de molino, que no es lo mismo.

Una cosa dijo el colega que es una verdad

El Sindicato debe conservar el dominio de sí mismo

LA ACTITUD DE UNA SECTA

Tuvimos un escándalo en la penúltima asamblea, y sus autores nos lo han «reeditado» en la que se efectuó la noche del 3 del actual. Esta segunda edición fué corregida y aumentada, pues sus autores gritaron más tiempo y con mayor intensidad que la primera vez, los denuestos fueron más iracundos, alcanzando la procacidad contornos insospechados.

Como la primera vez, el escándalo fué motivado por negarse la asamblea a sancionar la política del Partido Comunista ruso mediante un telegrama de saludo al Vorovsky, y haber resuelto, en cambio, el envío de un mensaje al gobierno de Moscú reclamando la libertad de los revolucionarios presos y perseguidos.

Para justificar su actitud «revolucionaria», dicen los comunistas—que no son otros los autores del escándalo—que lo resuelto es una arbitrariedad.

Desde el punto de vista comunista así es en efecto; pero como el Sindicato no está afiliado a esa secta y tiene sus puntos de vista propios, a ellas se atuvo para resolver el problema que le plantearon los comunistas al solicitarle indirectamente el apoyo a la política del Soviet.

Este razonamiento no conforma a los comunistas y su disentimiento nos plantea este dilema: El Sindicato debe renunciar a su autonomía, al derecho de determinar sus propias acciones, sometiéndose al criterio comunista o, de lo contrario, habrá escándalo y sabotaje comunista. Porque, según el criterio comunista, todo lo arbitrario debe combatirse a gritos, y es arbitrario todo aquello que no consulta las conveniencias del comunismo.

Supongamos que, con el mismo derecho, cada tendencia de las que actúan en el movimiento obrero asuma la actitud de los comunistas. Es de imaginarse un escándalo por asamblea, o un escándalo por cada asunto que se discuta en una asamblea, ya que difícilmente se logra unanimidad de voluntades para resolver una cuestión, máxime si ella tiene algún cariz político. Y ya en esta situación, y tratándose del caso del Vorovsky—aparte del escándalo comunista—tendríamos el escándalo de los anticomunistas, si aquéllos lograsen mayoría, y en cualquiera de los dos casos el escándalo de los compañeros que desean la neutralidad de la organización frente a esas cuestiones de carácter político.

Excusado decir que con tal procedimiento se subvertirían los fundamentos de la organización.. Faltaría el respeto mutuo que facilita el entendimiento entre los trabajadores; quedaría destruído el concepto de la mayoría como única autoridad para decidir los destinos de la colectividad, y el Sindicato se reduciría a un conglomerado de entes comandados por el grupo triunfante en la lucha intestina. Más exactos seríamos si dijéramos que no habría tal Sindicato, en razón de que ningún trabajador estaría dispuesto a someterse ciegamente a los dictados de un grupo de hombres erigido en árbitro, no por la fuerza de su razón y sabiduría, sino por la de sus pulmones, por la falta absoluta de educación y respeto a los trabajadores, y por la carencia de responsabilidad moral.

Si ambos extremos son inadmisibles, el último es sencillamente detestable.

LA ENSEÑANZA AJENA

Lo que constituye una novedad en nuestro Sindicato es ya vieja práctica comunista en el resto de la organización obrera; a sus aleccionadoras consecuencias debemos atenernos para deducir las que a nosotros nos sobrevendrán si nos dejamos llevar por la corriente.

Con fines de interés político, los comunistas persiguen la dirección del movimiento obrero donde quiera que se encuentren. Para conseguirlo apelan a toda clase de recursos, sin excluir aquellos que por su inferioridad son rechazados por la generalidad de los hombres, cualquiera sea su pensamiento. Antes bien, adoptan todo aquello que los demás rechazan. Por eso la injuria y la calumnia son sus armas preferidas, deleitándose con la difamación de aquellos militantes que por anteponer los intereses de la organización obrera a los de los partidos políticos dificultan la realización de sus propósitos. Y el escándalo, la actitud airada y la procacidad son el complemento de sus «métodos».

Con semejantes procedimientos, a la corta o a la larga los comunistas consiguen alejar de la organización a los trabajadores —que van a ella a defender sus intereses y no a participar en pugilatos—haciéndose así dueños de los esqueletos de los Sindicatos; que es lo que queda después de las luchas intestinas deliberadamente traídas a su seno.

Si en estos casos triunfan los comunistas, sojuzgando los Sindicatos a sus intereses partidarios, también triunfan los capitalistas—¡curiosa coincidencia!,—cuya preocupación fundamental respecto a la clase trabajadora consiste en destruir sus organizaciones para eludir el contralor sindical y el cumplimiento de las condiciones de trabajo mantenidas por él.

Nuestros juicios no están fundados en hipótesis. Abundan los hechos que le dan consistencia. En materia de escándalos comunistas ya registramos dos en nuestro Sindicato, y los ocurridos en reuniones menores, tales como las de Comisión Administrativa, son todavía más numerosos.

El primer congreso de la Unión Sindical Argentina nos ha ofrecido el mismo espectáculo. Saboteado desde su comienzo por los comunistas, hubo de terminar con dificultades y pasando por alto la discusión de asuntos de interés para la clase trabajadora. Nuestro Sindicato desaprobó el informe de los delegados a ese congreso por comprometer la autonomía de nuestra organización, complicándola en el escándalo político.

Los destructores de la Unión Obrera Local de Buenos Aires son agentes del Partido Comunista. De ella alejaron con sus torpezas y sectarismo a los mejores Sindicatos. Y en la última reunión de delegados se insurgieron contra la voluntad de la mayoría—integrada por nuestro Sindicato—por el hecho de serle desfavorable a sus propósitos sectarios y divisionistas. El Comité Local, compuesto por esa gente, realiza en el organismo de la capital lo que intentan sus correligionarios en nuestro gremio: hacen lo que les conviene, a favor o en contra de la voluntad de los trabajadores. ¡El Partido Comunista por encima de todo! Este es su lema.

A los comunistas deben los trabajadores de la capital, los de la República y los del mundo, la mayor parte del desastre de sus organizaciones sindicales.

A la destrucción de las mismas contribuyó y contribuye más ese elemento que la peor de las reacciones capitalistas.

¿QUÉ HACER?

La breve reseña de la experiencia ajena no da lugar a equívocos sobre el destino que le está reservado a nuestro Sindicato si se deja dezlizar por la corriente en que quieren colocarlo los responsables de los desastres ligeramente esbozados.

En él quieren sentar sus reales el escándalo, la calumnia, todas las bajas actividades del sectarismo y la politiquería bolchevique, con el fin de destruir esa moral y esos procedimientos a los cuales debe nuestra organización el respeto de que goza entre los trabajadores del país y el justificado temor de la clase enemiga.

Es de notar que en el período que actuaron esos elementos al frente del Sindicato, por voluntad de éste—sin que jamás fuesen obstaculizados por las calumnias y los escándalos de sus adversarios, que en ningún caso se produjeron—el grado de desarrollo del Sindicato, lejos de elvarse, descendió: perdió en número de cotizantes y se redujo su capacidad combativa; no se ganó ninguna huelga. En cambio nuestra organización sirvió para sacar del anonimato a unos cuantos politicantes del comunismo, prestigiando conferencias suyas con nuestro nombre colectivo y con nuestros medios materiales.

No es solamente la experiencia ajena sino la propia la que abona nuestros juicios. Estamos mal y los causantes de nuestro malestar son los saboteadores ostensibles que hemos conocido en las dos últimas asambleas, los que a voz en cuello insultaron y destilaron el veneno de la calumnia con el fin de mancillar la reputación de los compañeros que no se amoldan a sus deseos.

Hay que poner fin a esa situación. El escándalo debe ser eliminado de las relaciones obreras, cueste lo que cueste, pues su difusión comporta la destrucción de los organismos sindicales, y nosotros, que no queremos correr la triste suerte de otros sindicatos, hemos de mantener la estabilidad del nuestro individualizando a los escandalosos y responsabilizándolos de su actitud ante el gremio.

Queremos que el Sindicato sea dueño de sus destinos; que él, por su exclusiva voluntad resuelva en cada situación de su vida colectiva lo que más le convenga—favorezca los intereses comunistas o los hiera —y el calumniador de los compañeros que sostengan este derecho con sus ideas y acciones será señalado al Sindicato como tal y ante él tendrá que dar cuenta de su conducta.

Nosotros no pretendemos regir los destinos de las organizaciones extrañas a las nuestras y tampoco toleramos que se nos rija a nosotros por los mandatos de ningún partido.

ES NECESARIO ESTAR ALERTA

Desde un tiempo a esta parte venimos notando que nuestras asambleas son obstruídas por un grupo de compañeros.

Conocemos a los que se han erigido en jefes de es grupo, y sabemos que al obrar así cumplen los acuerdos emanados del partido político al que están afiliados.

Lo que conviene aclarar es si tras de ellos no vienen acoplados también algunos elementos patronales o policiales, interesados en que nuestra organización sea reducida a la impotencia para poder entonces hacer de nosotros lo que ellos quieran.

Cualquiera que haya seguido de cerca el desenvolvimiento de la organización obrera en nuestro país, habrá podido observar que desde hace algunos años se han desarrollado algunos hechos en el seno de los organizaciones más importantes, que motivaron un estado de desorganización tal, que hoy son impotentes para oponerse a los desmanes de la clase patronal.

Nadie pretende que en el seno de una organización sus componentes piensen del mismo modo; pero sí debe reclamarse de todos respeto y disciplina. No puede admitirse que por el hecho de que una votación sobre determinado asunto sea adversa a una parte de los asambleístas, estos, en son de protesta y armando escándalos, abandonen el local.

Con el mismo derecho que hoy lo hacen ellos, mañana pueden hacerlo los que hoy han triunfado, y en ese tren, comprenderán los compañeros que no es posible continuar.

Es necesario ser disciplinados y respetar las resoluciones de las asambleas.

Se puede alegar que éstas pueden cometer errores. Nosotros creemos que la forma para corregirlos no radica en cometer otros mayores produciendo escándalos. No es procediendo en esa forma como se han de correjir errores, y solamente con ello se favorecerá directa e indirectamente los planes de la clase patronal, interesada en crear situaciones de fuerza, entre los asociados, que traigan como consecuencia el quebrantamiento de nuestra organización.

Sabemos que los afiliados al partido comunista, cuando una organización no les responde, tratan de sabotear su desenvolvimiento; pero creemos que los camaradas que por encima de toda cuestión ideológica ven en el sindicato la fuerza capaz de oponerse a los desmanes capitalistas, han de estar alerta, y han de perservar en la defensa de la organización, no permitiendo que elementos políticos logren sus propósitos de quebrar nuestra unidad.

Por otra parte es necesario empezar a pedir responsabilidades a algunas deslenguados, que no teniendo argumentos para defender un asunto, emplean la calumnia, tratando a los que no piensan como ellos, o no se someten a sus planes, de «liguistas», «agentes patronales», etc.

Es llegada la hora de imponer respeto, pues de lo contrario otros se inclinaran también a emplear esos «argumentos» y con tal procedimiento no se sabe a donde iremos a parar.

Debemos acostumbrarnos a exigir de inmediato los concretos y de no presentarse tomar medidas enérgicas para que el mal no se haga crónico y después no tengamos que lamentar sus deletéreas consecuencias.

Conocemos perfectamente las armas de los políticos comunistas, una de ellas es la de calumniar a los compañeros que no les secundan en sus planes, molestarlos en todo sentido hasta alejarlos de la organización para luego apoderarse de ella y convertirla en utensilio del partido.

Señalados esos propósitos es necesario estar alerta. Los compañeros deben ocuparse más que nunca del sindicato; trabajar para él con ahinco e impedir la repetición de esos hechos bochornosos. Así lograremos mantener la organización que unos cuantos irresponsables quieren destruir.

ÁNGEL DAVICO.

---

inconcusa: «Acción Obrera» es costeada por el Sindicato de la Industria del Mueble.

Nunca lo hemos negado. Nuestro sindicato ha costeado siempre su órgano oficial en la Prensa. En este sentido ha sido tan generoso que ni cuando se hacía en la imprenta de propiedad bolchevique y era redactado por bolcheviques en beneficio de su partido, se negó a pagarlo. Sin embargo, la lógica decía que siendo el periódico comunista a este partido le correspondía hacerse cargo de su coste.

Hacemos punto, no sin antes prometer que no faltará ocasión de neutralizar la amargura del iracundo colega. Ella vendrá cuando en sus columnas inserte algo de más interés que esas lamentables alcahueterías de las «células», y que por lo mismo sea digno de reproducirse en estas columnas. La reproducción de todo lo interesante que nos ofrezca el colega hemos de hacerla, a despecho de lo que puedan decirnos los que intenten identificarnos por ese hecho con los carneros de notoriedad que intervienen en su redacción.

Una cosa no tiene que ver con la otra.

Y para evitar suspicacias desde ya decimos que, así como nada de común tenemos con la Oficina Internacional del Trabajo, ningún género de relación hay con el diario bolchevista, ni con los carneros que intervienen en su redacción, ni con el personal gráfico que tiene a su cargo la tarea de confeccionarlo en un establecimiento que hace tiempo anda en pésimas relaciones con la Federación Gráfica.

A.

NUESTRO CANJE

Acción Obrera es enviada a un gran número de publicaciones, muchas de las cuales no nos tienen en cuenta a los efectos del canje. Deseando tener relaciones de intercambio con todos los colegas, rogamos a los mismos nos incluyan en la lista de su expedición.

TODO ES RELATIVO

Un redactor de *La Vanguardia* escribe para *El Obrero Ferroviario* un artículo llamando la atención de los obreros sobre la importancia que para ellos tiene el cobro de sus salarios en oro; luego de publicado imitó a Dios en el séptimo día de su Creación: leyó el artículo en impresión mecánica y dijo: «Esto está bueno» y fué y lo transcribió en el órgano oficial del partido recomendándolo como producto de obreros ferroviarios. Es un «truc» de propaganda que no pensamos en censurar; sólo observamos lo ridículo que resulta simular emoción por el espectáculo cuando no se ha salido de entre bambalinas, donde la vista de la tramoya mata toda emotividad. Esto lo sabe el más bisoño farandulero y no debe ignorarlo un socialista que, como político, es un histrión. (No nos referimos a los socialistas de la «masa», que con la política no tienen más relación que su pasaje por la urna; así como los espectadores teatrales no tienen más vinculación con la comedia que sus visita a la taquilla.)

Todos los esfuerzos del partido socialista para vencer la acidia de los obreros con respecto a exigir el pago de sus salarios en oro han sido vanos, y nos tememos mucho que lo seguirán siendo en tanto tengan otras muchas cosas prácticas en que poderse ocupar con provecho. Sin embargo, confesamos, que aun considerándola frustánea estamos hoy casi tentados a ayudarlo en esta empresa, pues así como después de una temperatura a cero, diez grados sobre él nos parece un ambiente agradable, en medio del océano de estulticia en que nos debatimos como náufragos los obreros organizados, el instable leño de la proposición socialista se nos aparece como un vehículo que nos puede conducir a tierra firme.

No es que creamos ahora que el pago de los salarios en oro alivie en lo más mínimo la situación de los trabajadores, que ésta depende de cosas de más entraña que de la retribución de sus servicios en oro, en plata, en níquel, en cobre o en papel que los represente. Todo el litoral argentino abunda de trabajadores uruguayos huídos de los salarios de su país, pagados en oro a un patrón de los más altos del mundo, tan firme como el cerro de su capital. Allí no oscila, es cierto, el valor de la moneda; pero si más que en la Argentina los precios del consumo, y es más cara la vida que en el Paraguay cuya moneda compite con la bolcheviqui en idealismo.

Pero es el caso que en estos momentos vemos casi oportuno (¡ahora o nunca!) entregarnos a la conquista de este vellocino del «partido obrero». Se trata de la persecución de algo real concreto, positivo; que lo es el salario en oro. No hacemos discusión porque sea oro o cobre nos basta con que la finalidad sea una cosa material. ¡Qué sed tenemos de cosas materiales!

Estamos hasta la coronilla de todas esas majaderías indefinidas, humosas, sucias, malolientes que infectan el cuerpo exangüe de la organización sindical: Que la reacción en Hungría, que la reacción en Oriente, que la reacción en Trapisonda; que se mata a muchos chinos, que se mata a muchos moros. Y en seguida la protesta callejera con su cotorreo y luego la lista de subscripción, que ésta es la madre del borrego. Como mata millones de seres humanos el planeta a cada giro, un día se harán protestas contra la reacción solar, y vendrá detrás la consiguiente listita del consabido comité pidiendo contribución para los huérfanos. Y como para todas estas parlerías y sisas no se necesita organización, ella va camino del despeñadero, dejando el terreno libre a esa reacción tan manoseada.

Por esto, nos palpitamos predispuestos hoy al contagio de la obsesión del oro que domina al partido socialista; porque para obtenerlo los trabajadores en pago de sus salarios, único medio para ellos posible, no hay tampoco más que un solo camino, el de la organización obrera; por donde resulta que lo que en otro tiempo no pasó de ser una falacia electoral, en estos momentos peligrosos se nos aparece en nuestro horizonte como una tabla de salvación.

Tan a menos hemos venido...

SÍLEX.

BIBLIOTECA SINDICAL

Advertimos a todos los socios, que la biblioteca social está a disposición de los mismos, tanto para retirar libros como para efectuar consultas en los mismos.

Horario: de 20 a 22
Días sábados, de 15 a 18

Informe de Secretaría

NUESTRAS CRISIS

Nuestra industria es de las que periódicamente tienen que soportar todos los inconvenientes que traen aparejado un período de falta de trabajo.

Sabido es que en esos momentos, es cuando los capitalistas, poniendo en juego sus artimañas, pretenden desconocer lo que los trabajadores por intermedio de sus organización sindical han logrado imponerles.

Y es así como algunos pretenden rebajar los salarios, aumentar las horas de trabajo, y tratan en fin, de que sus obreros no sean asociados para en esa forma obtener mayor rendimiento en la explotación de los obreros.

Hay obreros que aun no han llegado a comprender el verdadero valor de su organización y se dejan arrastrar por esa corriente patronal de que hay que conformarse y esperar a mejores tiempos para volver a ganar el salario que se disfrutaba antes y restablecer de nuevo las condiciones impuestas por la organización.

No comprenden estos compañeros que ellos mismos por su despreocupación se prestan a los planes patronales.

En un período de crisis no será momento oportuno para la obtención de mejoras, por cuanto cualquier petición podría ocasionar una huelga prolongada y sin probabilidades de éxitos; pero ello no es motivo para dejarse arrebatar las mejoras que hemos sabido conseguir, mediante nuestra acción.

Nuestra conducta entonces debe ser de defensiva, y de consecuencia con nuestros anhelos de mantener las condiciones de trabajo, para no tener que hacer después de una crisis ese costoso trabajo de reorganización para restablecer de nuevo las condiciones de trabajo.

Es menester que no nos prestemos tan dócilmente a los planes de los capitalistas.

LA INMIGRACIÓN

En estos últimos años un importante factor que ha contribuído a aumentar la desocupación, es la gran cantidad de inmigrantes llegados al país.

Sabido es el estado calamitoso en que llegan al país esos obreros.

Corridos, la casi totalidad de ellos, por la miseria que existe en el viejo continente, acuden a estas playas, creyendo que aquí,—de acuerdo a la propaganda burguesa,—encontrarán trabajo y estarán en buenas condiciones.

Pero ocurre todo lo contrario; es así que frente a esta situación se ofrecen a cualquier jornal para poder trabajar y comer.

En procura de atraerlos a la organización y encaminarlos para que no sean víctimas de la sed insaciable de los capitalistas, y para que a su vez no sean un peligro para nosotros, la C. A. dentro de los medios que cuenta se preocupa de atraerlos al seno de la organización, única forma de atenuar en algo el peligro que constituye para nosotros esos obreros que desconocen nuestras condiciones de trabajo.

NOMBRAMIENTO DE UN COMITÉ DE REORGANIZACIÓN

Con el propósito de restablecer la organización y condiciones de trabajo dentro de algunos talleres que se han colocado al margen del sindicato, y atraer de nuevo al seno de la organización a los obreros que en ellos trabajen, la C. A. ha nombrado un comité compuesto por dos compañeros.

Considera la C. A. que para que esta obra de reorganización tenga los resultados que todos anhelamos, es necesario que todos los compañeros le presten su cooperación al susodicho comité.

Ya el comité empezó a obtener frutos de su labor, atrayendo al sindicato varios de esos personales que se mantenían al margen de la organización.

Por otra parte, el comité recibió la cooperación de muchos camaradas los que se presentaron a ayudarlo en tan útil labor.

Necesario es proseguir esta obra, y que los compañeros no se cansen, pues sólo cuando los obreros cuentan con una organización fuerte son respetados por los capitalistas.

Cuanto mayor sea el poder sindical de los trabajadores, mayor será el respeto que los patrones tendrán de los obreros.

Por lo tanto todos debemos secundar los trabajos del comité de reorganización.

La lucha de clases y la revolución

Actuando al margen de la organización obrera, resulta harto dificultoso formarse un concepto más o menos claro de lo que significa la lucha de clases.

Esta lucha sólo pueden comprenderla y realizarla los trabajadores, en virtud de que es únicamente la fuerza del trabajo la que sostiene el régimen capitalista, siendo de este factor que depende la conservación o desaparición del privilegio.

Los organismos específicos que practican la lucha de clases son los sindicatos obreros, por estar constituídos exclusivamente por trabajadores, lo que define claramente la situación de la clase explotada frente a la clase explotadora.

Otro género de instituciones—aunque se denominen de clase—están inhabilitadas para practicar la lucha de clases, porque su poder reside exclusivamente en principios que, por muy razonables y justicieros que sean, no lesionan en lo más mínimo los intereses de la clase dominante.

El capitalismo ha conseguido sus privilegios por la fuerza, y los impone y mantiene por la fuerza.

Si se atuviera a principios de equidad, humanidad y justicia, no podría subsistir.

La lucha de clases es la resultante de la rivalidad de intereses existente entre la clase obrera y la clase capitalista.

El Estado, en su faz actual y todas las instituciones creadas para facilitar el desenvolvimiento y la estabilidad del actual orden de cosas, son organismos de clase, que coadyuvan al sostenimiento y la defensa del privilegio.

La ley, el clero, la escuela, fuerza armada, parlamento, etc, desarrollan en el régimen capitalista una función favorable al privilegio, aunque disimulan ésto bajo el disfraz del bienestar público.

Todas estas fuerzas confabuladas tienden directa o indirectamente a perpetuar el estado de dependencia de los productores, quienes no cuentan con otros recursos para defenderse, que el poder resultante de la unión de sus esfuerzos.

El poder ofensivo y de conquista, depende del grado en que se practique esa unidad.

La cohesión orgánica de las fuerzas obreras, y la uniformidad en la acción, determinan la potencialidad combativa de los organismos obreros, y la eficacia de este poder, depende de la manera que se utilice.

El objetivo inmediato que se persigue al hacer uso de la fuerza sindical, debe estar siempre en relación con esta misma fuerza, ya que es éste el factor que debe decidir el triunfo o el fracaso. Es menester no olvidar que la lucha que sostiene el proletariado contra la burguesía, es un conflicto de poderes, donde la fuerza juega el rol principal.

Ésto no siempre se tiene en cuenta, y a ello se debe principalmente las defecciones de que adolece la organización sindical.

Así como es ridículo exigir de un niño la complexión y fortaleza de un hombre, es ilógico pretender que la organización obrera, que atraviesa aún por su período constitutivo, realice una obra superior a sus fuerzas.

Quienes juzgando este asunto por el lado ingrato que presenta, llegan a deducir que la lucha de clases no se practica, o que ella ha sufrido una lamentable desviación, no se percatan de que a pesar de todas las deficiencias de la acción obrera la revolución se está efectuando.

Creer que la revolución social se reduce exclusivamente al hecho violento de empuñar las armas para derrocar el privilegio, significa desconocer en cierto modo, el significado amplio que encierra el proceso revolucionario que se está operando en el mismo seno de la sociedad capitalista. Es confundir un accidente de la revolución, con la revolución misma.

La revolución social abarca desde el proceso de preparación previa que se está operando entre los trabajadores actualmente, hasta la reconstrucción de la sociedad sobre nuevas bases y convengamos en que esto último depende más que de las armas, de la capacidad con que cuenten los trabajadores, para reconstruir, administrar y dirigir el nuevo mundo por sí mismos.

LOS INTELECTUALES

El desarrollo continuo del Estado moderno, la gran extensión de sus servicios, la creación de funciones oficiales, el prestigio que ejercen las carreras liberales, la exigencia de la gran industria que ha disociado el trabajo intelectual del trabajo manual, provocan la producción continua de los «profesionales del pensamiento».

Las clases medias son las que proveen de una manera inagotabl esta marca montante de «capacidades intelectuales».

La función de estos pensadores de profesión es la de ponerse al servicio de las diversas clases sociales. Fuera del mundo de la producción ellos hacen parte de auxiliares acaparando todo lo que se puede sacar del trabajo, de la pluma y de la palabra. Mezclados en todas las capas sociales, ellos no tienen una situación fija; se afirman y radican allí donde se les alimenta y se disponen en toda escala social.

El alto funcionario y el empleado subalterno, el rico abogado y el leguleyo sin asuntos y muerto de hambre, el opulento director de diario y el repórter con sueldo de unos pocos pesos mensuales, tienen, en verdad, los mismos títulos; pero entre ellos hay todas las diferencias que separan sus respectivas posiciones. La instabilidad de su suerte es un carácter común; pobres hoy, ricos mañana, ellos flotan entre las más bajas capas del pueblo y las más altas de la burguesía. El capricho de la coincidencia y la potencia de la intriga deciden su suerte.

La concurrencia desenfrenada es la ley que rige a los intelectuales; ellos no defienden más que intereses individuales. Esta carrera hacia los mejores puestos desarrolla en ellos un aforismo exasperado; hostiles, celosos, envidiosos, ellos tratan de sobrepasarse y aplastarse los unos a los otros.

Por un abuso de términos, se ha llamado a éstos sin clase, «proletarios intelectuales». La incertidumbre de su existencia para los intelectuales pobres no es suficiente para asimilarlos a los obreros de la industria. El descontento de éstos, no recuerda «la conciencia de clase» de los trabajadores; éstos forman una clase, mientras los intelectuales forman una masa indefinida.

Esta gente se atribuye la misión de confeccionar sistemas, elaborar nociones que permitan al universo marchar! Desde las alturas del ideal, ellos dejan las preocupaciones prácticas a los trabajadores, que son los que deben cuidar de su sustento; y reducen la vida a fórmulas y la realidad a dogmas. Poco importa que la vida termine y ya haya transcurrido, cuando creen tenerla bajo sus miradas, y que la realidad se haya perdido en lontananza, en el pasado, cuando su teoría es conducida a término; ellos no hacen más que admirar mejor sus construcciones ideológicas, de las cuales todo el contenido real ha emigrado, y no queda más que formas huecas.

Sobre todo esto, es principalmente como hombres políticos que triunfan los intelectuales: ellos forman el Estado Mayor de los partidos políticos.

La democracia es por esencia un régimen representativo de acción indirecta; los partidos son los órganos que las representan. Los intelectuales se interponen entre el poder y el país para imponer al primero la voluntad del segundo. El pueblo es «soberano» por medio de los intermediarios: los partidos.

Esa es la función que se reserva a los intelectuales que saben hablar y escribir bien. La elocuencia reemplaza a la competencia.

Un orador capaz de sacudir a las masas,

Si el objetivo que persiguen los trabajadores sindicalmente organizados pudiera lograrse exclusivamente por medio de las armas, la cuestión podría arreglarse procediendo de la misma manera que los políticos que ambicionan el poder y, no contando con probabilidades de triunfo por los recursos electorales, organizan y arman hombres para conseguirlos por los medios violentos.

La revolución no está por venir. Ella empezó desde el primer momento en que los trabajadores iniciaron la lucha contra el patronaje; continúa hoy en forma más orgánica e inteligente; y terminará cuando el capitalismo haya sido totalmente desplazado de la dirección económica de la sociedad.

La impaciencia nos lleva muchas veces a interpretar erróneamente el significado de la acción revolucionaria que desarrollan los trabajadores desde sus instituciones de clase, y ello por cuanto el pensamiento se anticipa de tal manera a los hechos, que nos hace perder completamente la noción de la realidad.

R. P.

El valor de la organización sindical y de su acción diaria

Entre nosotros, en mérito de la crasa ignorancia dominante, las ideas más extravagantes y disparatadas han tenido y tienen defensores. En lo que a la organización respecta, no hay enormidad que no se haya dicho. Se le desconoció toda virtud. Se le negó todo poder transformador y revolucionario. Sus luchas en pro de la elevación del salario y de la reducción de la jornada de trabajo fueron presentadas como contrarias a los intereses obreros. Se ha llegado a sostener que los sindicatos con su acción diaria en pro de mejores condiciones constituían los más firmes puntales del régimen capitalista. Todas esas ideas absurdas han sido refutadas muchas veces; pero, a semejanza de la maleza, ellas no han desaparecido, sino que gozan hoy de tanta lozanía y vigor como ayer. Y a cada paso encontramos a alguien que niega la eficacia de las huelgas; que atribuye a la organización sindical un papel secundario; que juzga los aumentos de salarios, cuando no imposible, de un valor puramente ilusorio, etcétera, etc.

Para demostrar una vez más la falacia de todos esos sofismas de origen y carácter eminentemente capitalista que, con verdadera inconciencia, hacen suyos y propagan muchos retardados que se forjan la ilusión de ser grandes revolucionarios muy avanzados y de marchar a la vanguardia de la revolución, reproducimos algunos capítulos del folleto «La lucha por el pan cotidiano», que ha publicado Rodolfo Rocker, donde, con admirable claridad se señala el valor inmenso de la organización proletaria y la gran utilidad y eficacia de su acción diaria tanto en pro de las mejoras inmediatas como asimismo en su aspecto educativo y revolucionario.

Advertimos de paso—por si hubiera alguno que lo ignora—que R. Rocker no pertenece a lo que se ha dado en llamar «reformismo». Es un militante anarquista, autor de varios estudios interesantes y desempeña actualmente la función de secretario en la Asociación Internacional de Trabajadores, con sede en Berlín, hecho que da mayor valor a sus opiniones.

PRECIOS Y SALARIOS

Por lo que se refiere a la otra afirmación de que no es de ningun modo posible un mejoramiento de la situación de la existencia proletaria dentro de la sociedad actual, porque todo aumento de salario tiene por resultado inevitable un aumento de los precios y el capitalismo, por otra parte, se ve forzado a pagar a los obreros un salario que les permita la satisfacción de las necesidades más elementales,—también esa suposición está en la más evidente contradicción con las experiencias de la realidad práctica.

En la realidad, esa concepción, que juega hoy de nuevo un papel en los círculos llamados «radicales», no es ni más ni menos que la resurrección de la vieja teoría de la *ley de bronce de los salarios* desde hace tanto tiempo refutada por los hechos de la vida, que Lasalle y sus partidarios consideraban como una verdad inconmovible. En la *Offenen Antwortschreiben* definió Lasalle esa supuesta ley económica del siguiente modo:

«La ley económica de bronce, que bajo las circunstancias actuales determina, por la dominación de la oferta y la demanda del trabajo, el salario, es ésta: que el salario medio permanece reducido al mantenimiento necesario de la vida exigible en un pueblo comunmente para la conservación de la existencia y para la reproducción. Este es el punto en que gravita siempre con oscilaciones de péndulo el verdadero salario diario, sin que jamás pueda elevarse sobre el mismo largo tiempo ni caer de dicho nivel. No puede elevarse largo tiempo sobre ese término medio—pues de lo contrario, por la situación mejor, más llevadera, de los trabajadores, se produciría una multiplicación de los matrimonios obreros y de la reproducción obrera,—un aumento de la población obrera y con ello la oferta de brazos que reduciría de nuevo el salario a su situación anterior o más aún. El salario no puede caer a la larga bajo el nivel del mantenimiento de la vida, pues entonces se producen: emigraciones, soltería, abstención en la reproducción y al fin una disminución del número de los trabajadores originada por la miseria, lo cual reduce la oferta de brazos y lleva de nuevo el salario a su situación anterior. El salario verdaderamente medio consiste en el movimiento a girar sin cesar en torno a aquel punto de gravedad que tiende constantemente, ya un poco sobre el mismo (período de prosperidad en todas las ramas del trabajo), ya bajo él (período de más o menos penuria general y de las crisis). La limitación del salario medio a una necesidad vital exigible en un pueblo ordinariamente para la conservación de la existencia y para la reproducción,—esa es, lo repito, la ley terrible y broncínea que domina el salario bajo las circunstancias actuales.— Esa ley no puede ser discutida por nadie. Podría mencionaros en pro de ella tantas garantías como nombres famosos existen en la ciencia nacional económica, y precisamente hasta de la escuela liberal misma, pues justamente la escuela liberal económica es la que ha descubierto y demostrado esa ley».

Se comprende que Lassalle con ese punto de vista no podía ser amigo de la organización *sindical* de los trabajadores y que hasta viera en ella un *obstáculo* directo para la próspera evolución del nuevo *partido* fundado por él. Y en realidad, cuando se es de la convicción de que el problema del salario y de la existencia proletaria es determinado por una ley económica inmutable, que actúa por sí misma, sin necesitar la ayuda de los hombres, ¿qué objeto tiene toda lucha de los trabajadores por un mejoramiento de su situación económica?

Era por tanto comprensible que Lassalle negase toda significación a las huelgas y que en 1862, cuando los tipógrafos de Berlín se dirigieron al ministerio prusiano en pro del *derecho de coalición* para poder defender sus salarios, llegó hasta rehusar rotundamente toda participación de la *Allgemeinen Arbeitervereins* fundándose en que *el derecho de coalición no podía aportar ninguna ventaja a los trabajadores*. Y fué una consecuencia lógica el que los lassalleanos permanecieran originariamente hostiles a los sindicatos y el que en 1872 resolvieran, a proposición de Tolcke, la disolución de los sindicatos existentes que estaban bajo su influencia.

Y sin embargo, todo observador desprejuiciado que no se cegara de antemano con suposiciones arbitrarias, ha debido decirse que la exactitud de esa supuesta ley «de bronce» está lejos de haberse probado. El hecho solo de que los trabajadores están continuamente forzados a intervenir como poder colectivo en la regulación de los salarios para conquistar mejores precios por su trabajo y una jornada más corta, es en sí y por sí una prueba de que la llamada ley broncínea del salario no actúa con la inmutabilidad de un hecho económico, sino que los hombres deben maniobrarla siempre.

El obrero no hace, a fin de cuentas, huelgas por placer. Al contrario, en la mayor parte de los casos toda huelga está ligada para él a una serie entera de privaciones materiales y de consecuencias imprevistas que en efecto no le facilitan la decisión a la lucha.

Todo el que haya tomado parte en las luchas económicas de los trabajadores sabe, por propia experiencia, cuánta energía, agitación e instrucción es necesaria por parte de la minoría consciente para llevar la mayoría a la lucha. Y todo ese trabajo incansable y la organización más penosa aún serían del todo superfluos si estuviéramos ante los efectos de la ley broncínea con respecto a la cual toda intervención humana sería ciertamente inútil. En realidad pasa con esa llamada «ley broncínea de los salarios», lo que con «otras muchas leyes económicas», que nacieron solamente de la fuerza de imaginación de los hombres y cuya acción total consiste únicamente en castrar la fuerza de acción de los que creen en ella.

Lo mismo que las organizaciones económicas de lucha de los trabajadores, las luchas diarias en pro de mejores salarios son también un resultado del orden económico capitalista, y están dictadas por necesidades determinadas y tan indispensables para las grandes masas obreras, que éstas se hundirían en un abismo de miseria si quisieran renunciar alguna vez a ellas, mientras estén bajo el yugo de la esclavitud del salariado. El que no ha comprendido eso hasta hoy, no tiene ninguna causa para ufanarse con su supuesto «radicalismo», pues a pesar de todo su revolucionarismo no es más que un inofensivo pequeño-burgués, para quien ha permanecido oculto hasta hoy el profundo sentido del movimiento obrero.

Ciertamente, las luchas por el salario no resuelven el problema social, pero constituyen la mejor enseñanza intuitiva para hacer conocer a los trabajadores la esencia de la cuestión social y el problema de su liberación de la esclavitud económica y social, y para prepararlo para la lucha definitiva. Puede ser también exacto que los trabajadores, mientras estén forzados a vender el cerebro y los brazos a un capitalista, en otras palabras, mientras sean esclavos del salario, aparte de pocas excepciones que confirman la regla general, no ganarán nunca más de lo que necesitan para satisfacer sus necesidades vitales indispensables. *Pero las necesidades de la vida no son iguales, más bien están sometidas a un cambio continuo y crecen proporcionalmente con las demandas que los trabajadores presentan a la vida.*

¿Quién se atreverá, por ejemplo, a sostener que la existencia del proletario del período inicial del capitalismo, fué la misma que la del obrero actual? El moderno proletario, aparte de las demandas puramente materiales de su existencia, tiene toda una serie de necesidades culturales con que sus antecesores de hace cien años no soñaron siquiera. Para poder satisfacer esas necesidades debió permanecer constantemente en lucha, a fin de conquistarse los medios para un mejoramiento de su vida física y espiritual. Y fueron precisamente esas luchas las que dieron su sello especial al moderno movimiento obrero, que se distingue de todos los otros movimientos de las épocas anteriores.

MEJORAMIENTOS INNEGABLES

No se nos diga que no se puede hablar de una elevación de la situación del proletariado, que hasta los esclavos de la antigüedad y los obreros de los gremios de los siglos pasados, desde un punto de vista económico, habrían estado mucho mejor que el actual asalariado, pues que su existencia económica estaba mucho más asegurada, y que en consecuencia sólo debe constatarse un empeoramiento de la situación proletaria. Si se quiere hacer efectivamente comparaciones y determinar si tuvo lugar una elevación o una caída de la situación general, sólo es posible cuando se limitan las comparaciones a un determinado período social y no se confunden cosas en cuya aparición cooperan condiciones previas totalmente diversas. De ese modo se puede formar uno un juicio sobre los resultados de las continuas luchas del moderno proletariado industrial, si los comparamos sólo en los cuadros del moderno sistema capitalista, pues toda otra comparación debe llevar a inevitables sofismas.

Y léase ahora de nuevo las trágicas descripciones sobre la vida general del proletariado en el período inicial del capitalismo, según los informes de los inspectores ingleses de fábricas. que supo apreciar tan felizmente Marx en *El Capital*. O tómense libros como el de Buret, *De la misére des classes laborieuses en Angleterre et en France*, a quien tanto tiene que agradecer Friederich Engels para la concepción de su primera obra: *Die Lage der arbeitenden Klassen in England* y se comprenderá justamente la espantosa miseria de la población proletaria de aquel tiempo. Cuando el inglés Arthur Young declaró en la conocida descripción de sus viajes por Francia antes del estallido de la gran revolución, que amplias partes de la población agraria francesa sólo podían compararse con animales, quienes, a consecuencia de la enorme miseria habían perdido todo rasgo humano, tal calificación apenas sería exagerada con respecto a las grandes masas del proletariado industrial en los períodos iniciales de la revolución capitalista.

La enorme mayoría de los obreros vivía en agujeros miserables y debía pasar catorce o quince horas en el presidio de la industria, donde no se atendía a la vida y a la salud de los explotados por ninguna especie de instalaciones higiénicas. Y eso por un salario que no bastaba para poder satisfacer las necesidades más primitivas de la vida. Cuando los trabajadores de aquellos tiempos al fin de la semana podían reunir bastante para comprarse el reino celestial por unas horas mediante una borrachera de aguardiente, habían obtenido lo más que se podía obtener. Y léase ahora lo que los autores coetáneos han sabido informarnos sobre la perversión moral y el abismo espiritual de aquellos desgraciados. Se ponen los cabellos de punta cuando se leen esas descripciones, que hoy parecen casi increíbles. Y esa terrible explotación del trabajo humano no se limitaba sólo a los hombres y a las mujeres del proletariado, extendía también sobre los niños proletarios su círculo corruptor y favorecía su mortalidad hasta un grado tal que Richard Carlyle y otros pudieron hablar con derecho de una espantosa repetición en mayor escala de la matanza betlemita de niños.

Y la situación era la misma que en Inglaterra en todas partes donde el capitalismo se elevó a sistema. Pasaron décadas antes de que los obreros fueran capaces, con ayuda de sus organizaciones económicas, de conseguir un mejoramiento paulatino en su situación. El más mínimo mejoramiento tuvo que ser arrancado al capitalismo en continuas luchas. Ninguna ley, ningún gobierno acudió en ayuda de los proletarios; éstos debieron conquistarse cada pulgada de terreno de sus derechos por si mismos, imponiéndose enormes sacrificios. Hasta allí donde las asambleas legislativas o los órganos del gobierno se vieron forzados por la presión de afuera a dar la sanción legal a ciertos mejoramientos, los trabajadores no pudieron disfrutar tranquilamente esas conquistas, pues en la primera ocasión, el capitalismo, sediento de explotación, les disputaba de nuevo esas mejoras, aún cuando el gobierno les había impreso ya el sello de la ley.

Ciertamente el obrero está hoy aún sometido a todas las crisis y cambios del sistema capitalista, y la miseria social es todavía uno de los fenómenos característicos de la sociedad actual. Y lo será mientras el maldito sistema de la explotación del hombre por el hombre, pueda sostener su existencia. Pero, sin embargo, sería falso querer afirmar que la situación de los trabajadores es todavía la misma que la de sus predecesores del período inicial del capitalismo. Únicamente una sofística absurda podría tratar de justificar semejante afirmación.

SIGNIFICACIÓN DE LA LUCHA POR LAS MEJORAS INMEDIATAS

Sí, hay una diferencia entre trabajar ocho o nueve horas por día en lugar de trece o catorce. Sí, hay una diferencia entre ganar sólo para satisfacer las necesidades más urgentes de mi existencia material y ganar algo más, para hacer posible una cierta instrucción de mi ser moral y espiritual. El obrero de hoy no sólo presenta demandas materiales mayores, que implican superiores condiciones de vida; tiene además una gran cantidad de necesidades absolutamente desconocidas a sus antecesores. En vastos círculos obreros se sabe apreciar hoy el valor y la posesión de un buen libro. Se siente la necesidad de visitar de tanto en tanto un teatro o un concierto y de disfrutar de otras conquistas culturales. Esas necesidades se han incorporado ya a la existencia de millones de proletarios y exigen categóricamente una satisfacción. Por consiguiente, es lógico que el obrero se asocie con sus iguales para crearse las posibilidades materiales de esas satisfacciones. Esa continua lucha por la satisfacción de más elevadas demandas a la vida, constituyen unas de las páginas más importantes del moderno movimiento obrero. Si no fuese así, todo el movimiento, las innumerables luchas de los trabajadores contra el capitalismo en pro del mejoramiento de su situación, no habrían tenido objeto alguno. Sólo un loco, un hombre extraño completamente a la vida, podría atreverse a sostener eso.

Y aquí llegamos a la significación cultural general de las organizaciones obreras y de sus luchas continuas contra los sostenes del orden social capitalista. *La agrupación económica de los productores no es para los proletarios únicamente un arma para la conquista de mejores condiciones materiales de vida, es para ellos simultáneamente, una escuela práctica y un lugar educativo donde se expenden de la manera más pródiga la enseñanza y la instrucción.* Las experiencias y acontecimientos prácticos de lucha cuotidiana, hallan su condensación espiritual en la organización de los trabajadores, profundiza

---

hábil manejador de ideas generales, experto para embrollarlo todo, capaz de hacer pasar bajo el nombre de «grandes principios» las peores cosas, un periodista que sabe arrastrar a su público, que puede persuadirlo según sus propias conveniencias en favor o en contra, he ahí los maestros de la opinión pública.

Régimen de sofistas, retóricos y charlatanes, esa es la democracia.

Los intelectuales vienen a constituir una casta aparte, que por medio del politiquerismo hace sus negocios a expensas de la nación. El poder le sirve para imponer dogmas, y es por eso que tratan de conquistarlo. No existe partido que, dueño del Estado, no haya hablado de unidad moral del país. Unidad moral quiere decir: obligación de pensar como los gobernantes. Y si no que lo digan los funcionarios destituídos por que se permiten tener opiniones contrarias.

El partido que triunfa, para poder mantenerse en el poder, tiene que persuadir al pueblo, de que él sólo es digno de defender sus intereses.

H. L.

su conocimiento interno y amplían sus perspectivas intelectuales.

Mediante la constante elaboración mental de las experiencias hechas, se desarrollan en los individuos nuevas necesidades y nuevos estímulos en los dominios más diversos de la vida espiritual. De ese modo despiertan en millones de trabajadores deseos de naturaleza superior, para los cuales no han tenido la más mínima comprensión los proletarios de los períodos pasados. Y en esa evolución de las cosas está una de las mayores conquistas de las luchas proletarias contra la clase de los capitalistas. Pero también esas conquistas, que no podrían ser bastante altamente apreciadas, tienen que agradecerlas los trabajadores a su propia iniciativa y a la agrupación orgánica con sus iguales. Por la iniciativa de las clases posesoras y de las castas, no habrían experimentado nunca el enriquecimiento del contenido espiritual de su vida.

No se arguya que con la rica cultura intelectual de la época capitalista, era inevitable que una parte de esos valores culturales llegase también a los trabajadores, independientemente de la existencia y del influjo inspirador de las organizaciones obreras. En realidad se han presentado tales afirmaciones. Pero todo período tuvo en último resultado su particular cultura intelectual, con lo cual no se ha probado que la mera existencia de ella implica que puedan disfrutarla hasta un cierto grado las capas inferiores de la sociedad. ¿Quién podrá sostener, por ejemplo, que la cultura artística del período del rococó ha tenido algo que ver con las capas inferiores de la población—en este caso las vastas masas de los campesinos de la gleba?

Una cierta cultura intelectual y la necesidad de disfrutes culturales de la vida, es siempre posible sólo cuando en un pueblo, o mejor dicho en una clase social, se ha conquistado una cierta situación material que los capacita para la satisfacción de las necesidades espirituales y culturales. Sin esa condición previa, está excluída toda ocupación espiritual de una especie superior. Los hombres que se ven amenazados constantemente de caer en la más profunda miseria y que no pueden disponer jamás de medios para satisfacer a medias las demandas más urgentes de la vida material, por lo general no tienen interés alguno en los valores culturales de la naturaleza intelectual. Por consiguiente, no puede hablarse de tales necesidades para los proletarios de los comienzos del capitalismo, necesidades que sólo pudieron desarrollarse después que los trabajadores arrancaron a los capitalistas en el curso de décadas, una elevación de su situación material. Con eso quedó establecida la condición previa sobre cuya base se hizo posible un desenvolvimiento de las necesidades espirituales y culturales de la clase obrera.

El capitalismo no ha fomentado esas aspiraciones intelectuales de los trabajadores. Al contrario, las persiguió siempre con ojos envidiosos y desconfiados, y no desperdició ningún medio para obstaculizarlas. Hasta hoy el capitalista no dejó pasar ninguna ocasión propicia que le diese la posibilidad de rebajar a un nivel más bajo la situación de los trabajadores ,y no se atiende a ningún escrúpulo sobre si esa percepción brutal de sus intereses obstaculiza o excluye por completo las aspiraciones a la instrucción en los trabajadores.

Para los capitalistas, como clase, es siempre actual la frase del ministro español Juan Bravo Murillo: «No necesitamos en España gente capaz de pensar, lo que necesitamos son bestias de carga».

(*Continuará.*)

ASERRADORES Y CARPINTEROS DE BOCA Y BARRACAS

El Sindicato de Carpinteros de Boca y Barracas estaba adherido a la U. S. Argentina, y en su seno permaneció sin menoscabo de ninguna índole de sus atributos de organismo de clase.

Por el contrario, no incurriríamos en error, si dijésemos que el período más floreciente de este Sindicato fué el que transcurrió mientras estuvo vinculado a la Institución Central.

Pero, no bien se insinuó en las filas sindicales la apatía, decepción y enervamiento, de cuya funesta influencia no han logrado libertarse ni aquellos sindicatos mejor constituídos, el Sindicato de Carpinteros y Aserradores de Boca y Barracas fué de los que creyó que la causa de la desmoralización en sus filas, radicaba en su vinculación a la U. S. Argentina.

Tan estrafalaria forma de encarar los asuntos de la Corporación, no nos extraña ni nos sorprende.

Otros organismos han aducido motivos semejantes para aislarse del resto de los trabajadores del país, y hasta hay Sindicato en el cual una buena parte de los asociados sostienen la necesidad de desvincularse de la U. S. Argentina, para favorecer—dicen—la unidad con un organismo similar.

Por los motivos antes enunciados, el Sindicato de Carpinteros y Aserradores de Boca y Barracas se separó de la U. S. Argentina, habiendo transcurrido ya siete meses o más desde que se efectuó dicha separación.

Esta situación de autonomía del Sindicato, no ha sido un obstáculo para que él, en sus varias manifestaciones, continuara siendo «usista». Su periódico defiende a la U. Sindical Argentina, y algunas decisiones de carácter general del Comité Central, son cumplidas, también por el Sindicato. La contradicción no puede ser más evidente, ya que siendo la U. S. Argentina un motivo de retraimiento para los afiliados con resultados perjudiciales para el Sindicato, no se explica que éste continúe obrando cual si se mantuviera en el seno de la Institución Central.

Esto, a menos que en los motivos aducidos para aislar el Sindicato de la U. S. Argentina no haya una cuestión de fondo, sino meramente de forma.

El milagro que debía operar el estado de autonomía del Sindicato, en el sentido de fortificarle, no se ha consumado, y por el contrario, a estar por lo que se afirma en ciertos artículos publicados en el periódico corporativo, el retroceso ha cobrado caracteres tan agudos, que ya casi resulta imposible renovar integramente la Comisión Administrativa, por la precariedad de las asambleas y la apatía reinante entre los asociados.

La comprobación del error cometido al aislar al Sindicato de la Central, supone la obligación de tornar al seno de ésta, restableciendo así la posición que corresponde a todos los organismos obreros que inspiran su acción en la lucha de clases, y que no debió alterarse por ningún concepto.

Si a pesar de todo esto se persistiera en el error, aduciendo como justificativo el hecho de haber algunos descontentos con el retorno del Sindicato al seno de la U. S. A., ello evidenciaría una lamentable desorientación, cuyas funestas consecuencias afectarían las normas regulares e invariables que traducen ecuánimemente la voluntad de las mayorías.

No puede pretenderse conformidad absoluta con los acuerdos que se adopten, y ante esta imposibilidad, lógico es que se imponga la voluntad de una mayoría.

¿Por qué el Sindicato de Carpinteros y Aserradores de Boca y Barracas debe permanecer en situación de autonomía, si esto no satisface a la mayoría de los asociados.

Apélese, en buena hora, a todos los medios apropiados a objeto de que los desconformes se avengan a respetar la voluntad de la mayoría; procúrese atraer al Sindicto a todos los obreros del gremio; pero nunca mediante el exceso de tolerancia, que constituye a la minoría en árbitro supremo de los acuerdos sindicales.

Los pocos descontentos que haya con la adhesión del Sindicto a la U. S. A., no pueden pesar mayormente sobre la buena o mala marcha del gremio, y, si por tal causa, éstos se rehusaran a prestar su contribución moral y material a la organización, también harían lo propio toda vez que por cualquier otro motivo las resoluciones de asamblea no contemplaran sus especiales puntos de vista.

El Sindicato de Aserradores de Boca y Barracas debe retornar a la U. S. A.

Un error le indujo a separarse de ésta, y por ende, el reconocimiento de dicho yerro, debe ir aparejado con la consiguiente reparación.

El estado de decadencia porque atraviesa el Sindicato, es la resultante de un cúmulo de factores entre los cuales juega un rol importante la manera en que se encaran los problemas de orden corporativo.

El expediente de descargar sobre la Institución Central la responsabilidad de los desaciertos cometidos por los Sindicatos, será un recurso apropiado para disimular la propia culpa; pero, aparte de ser innoble, él no repara el mal, sino que, por el contrario, lo agrava.

Que los militantes del Sindicto de Aserradores y Carpinteros de Boca y Barracas orienten sus actividades en el sentido que mejor interprete las aspiraciones del gremio; que efectúen una propaganda sensata, adecuada a las necesidades de la corporación; que descarten todo motivo de discordia por cuestiones extrañas a los intereses obreros y que constituyen, generalmente, un factor de decepción, desmoralización e indeferencia—sino de repugnancia—para los trabajadores y se comprenderá luego que el hecho de que el Sindicato esté en la U. S. A., no es un obstáculo para que él gane en poder y eficiencia, cosas éstas que no ha logrado en su aislamiento.

CASUS BELLI

La escena en la campiña de Chile, si preferís la del Perú, no hay inconveniente. El cuento sería poco más o menos el mismo.

Un hermoso militar, tanto más hermoso cuanto que va armado hasta las uñas, y el acero brilla alegre al sol, se apea a la puerta de un rancho.

—¡Eh! ¿No hay nadie?

—Entre.

Una mujer en la cama, chiquillos sucios por el suelo.

—Vengo por Juan.

—¡Ay, Jesús! Está en la chacra.

—¡Al diablo la chacra! Me lo llevo al batallón. Estamos por declarar la guerra.

—¡Ay, Jesús!

Juan llega pesadamente, azada al hombro. Suda: ya se sabe que es por maldición expresa de Dios de misericordia.

El campesino se entera. El del sable le explica.

—¿Entiendes? El ministro de acá mandó una corona al ministro de allá, y éste se la devolvió al de acá. ¡Ya ves... una porquería, una infamia! Tenemos que degollarlos a todos.

—¿A quienes?

—A los peruanos.

—Yo que creí que era a los bolivianos, pero es igual.

—¿Qué será de nosotros?—llora la mujer.

—Tú, como estás enferma, no puedes trabajar. Si tardo, si no vuelvo, vendes el rancho.

—En tiempo de guerra no habrá quien se lo compre—dijo el de las espuelas sonoras.

—¡Bueno, ya lo oyes, revientas! Los niños se te mueren de hambre. O se te acercan fuerzas amigas o enemigas y te saquean el cofre y te queman la casa.

—¡Ay, Jesús! ¡Qué desdicha!

—Desdicha no, gloria sí—dice el guerrero.—Marchemos, Juan.

—Adiós—balbuce el labrador.—¿Qué quieres? Como el ministro devolvió la medalla.

—No era medalla, era corona—corrige el héroe.—¡Qué torpe andas de entedederas hoy!

—La impresión...—suspira Juan.

Los dos hombres caminan, uno a caballo y el otro a pie, por en medio del inmenso campo. La tarde respira con sosiego. El espacio se ensancha desmesuradamente, en su acariciadora transparencia. El crepúsculo, fresco y puntual, se aproxima. Las bestias, cansadas de roer, se detienen y quizá reflexionan. Los árboles parecen soñar, balanceando apenas su follaje. Me temo que se trata de una luz fingida: bajo la tierra las raíces se estrangulan entre sí; la espesura ahoga los débiles tallos, y por todas partes hay plantas amarillentas que se mueren de sed. De cuando en cuando una hoja cae, asesinada por sus compañeras. Y esas rápidas y graciosas curvas de los pájaros en el aire no son cosa de juego; en ellas perecen tantos honrados insectos invisibles!

Juan resume largas meditaciones en las siguientes frases:

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con el ministro?

Una mirada furiosa cae sobre aquel sacrílego que se atreve a razonar cuando peligra la patria.

—Si no tuviéramos que ver con el ministro, a qué servirían tantos soldados, tanto cañón, tantos oficiales, y los cuarteles, y los parques, y los aprovisionamientos? Los millones que eso ha costado, ¿crees que son para tirarlos al mar? ¿Ahora que se presenta una ocasión para lucirnos, la hemos de perder?

—Sí—dice Juan.—Pero el ministro... Yo no sé bien qué es un ministro. ¿Tú lo sabes?

Un ministro es algo complicado. Los dos hombres caminan en silencio. En su torno hay una gran calma, penetrante y dulce. La noche baja tranquila. Todo se recoge y enmudece. La naturaleza prepara en la sombra sus horrores habituales.

—Yo sé lo que es un ministro, Juan; lo malo es que no soy capaz de darme a entender. Y te diré la verdad: se me figura que tienes miedo. Eres un cobarde, debería pegarte un tiro.

—¿Cobarde yo?—dice Juan temblando.—¿Acaso no abandoné casa, chacra, mujer e hijos? ¿No te obedecí? Lo cual te probará que soy valiente.

—Si lo eres, si eres chileno, mata peruanos.

—Mataré cuantos pueda.

Al fin, de noche cerrada, ganan el batallón. Allí se le arma a Juan Caballero. Le ponen machete al cinto, y en las manos un fusil de siete disparos. ¡Siete! Siete vidas que apagar con el dedo, como si fueran moscas.

Entonces Juan se siente fuerte, se siente hombre. De pronto comprende lo que no comprendía. Se dirige al hermoso oficial reclutador, y le vocifera:

—¡Muera Bolivia!

—¿Cómo?

—Digo... ¡Muera el Perú!

Rafael Barret.

La resolución del sindicato sobre los revolucionarios rusos

La secretaría dió a publicidad la siguiente nota acerca de los acuerdos de la asamblea del día 3 de julio.

Aprovechando la estadía del vapor «Vaslav Vorovsky» en aguas del Plata, el Sindicato O. de la Industria del Mueble creyó oportuno saludar por su intermedio a los revolucionarios rusos y al efecto, en la asamblea general celebrada el día 3 acordó enviar al comandante del referido navío la siguiente comunicación:

«El Sindicato O. de la Industria del Mueble saluda por intermedio de la tripulación del Vorovsky al proletariado revolucionario de Rusia y a los revolucionarios encarcelados y perseguidos por el gobierno de los Soviets».

La misma asamblea resolvió enviar al gobierno bolchevique un mensaje pidiendo la inmediata liberación de los revolucionarios rusos encarcelados y perseguidos por sus actividades políticas.

Angel J. Renoldi
Secretario General

N. de R.—La comunicación al Vorovsky fué enviada telegráficamente el día 8, y según aviso del Telégrafo no pudo ser entregada en virtud de que el referido navío había partido.

La juventud y el sindicalismo

Por error de apreciación, sin duda, más que por mala fe, son muchos los compañeros que de un tiempo a esta parte se dedican a una labor, denominada sindicalista por ellos, que lejos de beneficiar a la organización obrera la perjudica, puesto que de sindicalista nada tiene.

Esa labor consiste en crear clubs de football a pretexto de substraer a la juventud obrera del deporte burgués para atraerla al Sindicato por el cebo del juego. Pero los resultados conseguidos fueron contrarios a lo apetecido. La deseada juventud no vino al Sindicato, se quedó en los clubs, y la escasa que había en el Sindicato se trasladó a los clubs practicando allí sus nociones de sindicalismo... pedestre.

Los primeros interesados en esa labor crearon el club de la Industria del Mueble, y al poco tiempo demostraron que lo que más les interesaba era llevar la juventud a los clubs políticos que al Sindicato. Esto, unido a otras causas que no es del caso nombrar, ocasionó disgusto a muchos deportistas que se conceptúan sindicalistas, quienes, para neutralizar la influencia política de sus amigos de ayer, y hasta para vengarse del engaño de que fueron víctimas fundaron otro club denominado Senra Pacheco. Querían reivindicar el deportismo «sindicalista» ultrajado por los elementos políticos.

¿Lo consiguieron? No, porque el sindicalismo no se reivindica con los pies en una cancha de juego sino con la acción sindical.

Se encariñaron, como los otros, con la pelota, y si con frecuencia se acuerdan de ésta rara vez piensan en el Sindicato. Con la juventud que los sigue pasa lo mismo. A la cancha van, pero en el Sindicato no se les conoce.

¡Pobre Senra Pacheco! Tu nombre, tan unido a la lucha sindicalista por la cual has sucumbido, sirve ahora, como el nombre del sindica-

ORIENTACION SINDICAL

El Sindicato está a la orden del día. Nunca como en estos tiempos se habló tanto del movimiento sindical y de los problemas que del mismo se derivan.

Todos los partidos, todas las tendencias políticas quisieran tener al alcance de la mano las fuerzas proletarias para utilizarlas a su antojo para sus fines. Pero hasta ahora nadie consiguió hipotecar el Sindicato, porque éste se rebela contra todo lo que atente a su autonomía.

El movimiento sindical tiene una misión propia que cumplir y no podrá alcanzar sus fines si no mantiene firme estas dos premisas: Independencia de los partidos y de los gobiernos; realización de la mayor unidad posible. Ambas premisas se complementan alternativamente. No hay independencia sin unidad, no hay unidad sin independencia. Si cada partido obra en el sentido de tener en sus manos a los sindicatos, la independencia se acaba. Si el Sindicato se liga a un partido o a un gobierno, la unidad desaparece.

... ...

El día en que los trabajadores se hayan persuadido de que su emancipación no podrá efectuarse sino mediante su propio esfuerzo autónomo, y los partidos—todos los partidos—se hayan dispuesto a respetar la prescindencia del Sindicato, el proletariado habrá alcanzado la condición primordial para una concreta acción emancipadora.

Nosotros obremos en este sentido.

De *Bataglie Sindacali.*

(Órgano de la Confederación General del Trabajo, de Italia, año VII, Nº 21, correspondiente a mayo 14 de 1925.)

Nota de Redacción.—La declaración precedente a favor de la autonomía sindical que formula el órgano de la Central Obrera de Italia, nos ha parecido conveniente reproducirla por diversas razones. En primer término, para poner de manifiesto que, pese a las necedades de los calumniadores de profesión estilo Coca, la concepción sindicalista, que inspira al movimiento obrero argentino, se afianza y se extiende cada vez más. Ayer era la Unión General de Trabajadores, de España, que adoptaba la carta orgánica de la ex F. O. R. A.; hoy es la Confederación del Trabajo, de Italia, que proclama, frente a los partidos y al Estado, el viejo criterio manifestado por el «sindicalismo criollo». A esto hay que agregar—y en ello reside el valor excepcional de la declaración—que la Central italiana ha adoptado este criterio, después de haber comprobado prácticamente los inconvenientes y perjuicios de todo orden que comporta para la organización la subordinación a un partido.

La declaración, pues, que hace el órgano de la Confederación a favor de la autonomía es el resultado de una larga y dolorosa experiencia, ya que sus dirigentes son, hoy como ayer, militantes socialistas. Pero allí, aprovechando las duras lecciones de la experiencia, se reconocen los errores del pasado, y con una lealtad que los honra, defienden hoy con el mismo valor y entusiasmo con que antes combatieran, los principios básicos del sindicalismo: la autonomía y la unidad de clase. Entre nosotros, en cambio, se continúa denigrando el movimiento sindical autónomo y, para colmo, hay quien pretende someter la existencia de los sindicatos al reconocimiento del Estado, y subordinar su acción a las conveniencias de los partidos. Los que están empeñados desinteresadamente en tan dudosa obra, deben meditar las declaraciones de *Battaglie Sindacali.*

LOS COTOS CERRADOS

Rondando la verdad y por fuera de ella, las cosas no son como son, sino como se quiere que sean. Razonar es frecuente gimnasia que deslumbra; filosofar, maravilloso arte que encanta; teorizar, taumaturgia que seduce, alucina, hiptoniza. Y razonando, filosofando y teorizando se alzan suntuosos edificios que la más suave brisa desmorona. Tan frágiles y deleznables son sus fundamentos.

He aquí que los hombres abren surcos en la tierra, colocan en ellos recios mampuestos, levantan sobre éstos sólidos muros. Cada uno cierra su coto. Y comienza la maravillosa obra de arte. Aquí, en caracteres fulgurantes, la palabra *idealismo.* Allá, en férreos signos, la palabra *materialismo.* Por doquier palabras y palabras. Deísmo, panteísmo; aristocracia, democracia; autoridad, libertad; creación, evolución. Hay andamiajes para todos los gustos. Los artífices llevan nombres gloriosos: Platón y Aristóteles; Descartes, Kant y Hegel y Spencer. Descubrámonos reverentes ante tal grandeza.

Ya estamos separados en sectas, escuelas y partidos. Mil bifurcaciones, mil ramas, mil matices más esculpen en la historia otros tantos nombres imperecederos. Cada uno elige su coto y allá nos encerramos con una lógica propia, con una peculiar filosofía, con una tesis que excluye, que disgrega, que separa. El pensamiento queda esclavo de su propia obra.

Sistematizar es labor de ciencia y sistematizando nos cerramos a la ciencia: dogmatizamos. He ahí la razón de todo coto cerrado.

Alegrémonos de que se derrumben los muros, de que se vengan abajo los palacios. Hay arte y belleza y ciencia en todos; ninguno es el arte, ni la belleza, ni la ciencia. Obra de los siglos que fueron y de los que vendrán, jamás estará conclusa.

Mas allí donde se alzare un nuevo andamiaje, donde se abrieren nuevos surcos y se edificaren nuevos muros, compareced con vuestros picos demoledores y no dejéis piedra sobre piedra. El pensamiento requiere el espacio sin límites, el tiempo sin término, la libertad sin mojones. No puede haber teorías acabadas, sistematizaciones completas, filosofías únicas, porque no hay una verdad absoluta, inmutable; hay verdades y verdades, adquiridas o por adquirir. Filosofar y razonar, es aceptar las unas, investigar las otras. No más. Analicemos, investiguemos, guardándonos de acotar nuestro propio entendimiento. A esta condición, gimnasia, arte y taumaturgia intelectual tienen ancho campo de acción y de espansión.

Y si hallareis en vuestro camino quien intente deteneros ante las magias del ideal o ante las realidades d la materia o ante las disposiciones de la pasión, reflexionad andando.

Ideal, sí; aspiraciones nobilísimas del humano intelecto que vuela hacia la Belleza, hacia la Justicia, hacia el Amor, saludadlas con la emoción de lo divinamente humano, grande sobre todas las grandezas.

Materia, sí; realidad objetiva de todo lo que existe, que soporta todo lo pasado, todo lo presente y todo lo venidero; arcano donde la idea fragua el futuro, compendia la naturaleza y forja las leyes de la existencia universal, abrazadla con el amor de sí mismo, de la propia substancia y de la propia fuerza, que ella es trasunto acabado y definido de lo que no tiene principio ni fin, ni en el tiempo ni en el espacio.

Pasión, sí; flujo poderoso, magnetismo irresistible de la substancia y de la fuerza; motor grandioso de la acción de la vida; impulso y atracción, amor y odio; reverenciadla como el alma inagotable de todo lo que es arte y sentimiento, razón e idealidad.

Sin pasión es el hombre bloque berroqueño en la indiferencia de la materia inerte. Sin ideal, es como el cerdo que chapotea la bazofia que le engorda. Sin materia, vísceras, órganos, arterias, miembros, sería como esas alucinaciones de los vesánicos creadores de espíritus, que forjan realidades allí donde no hay más que delirios.

Soñad cuanto queráis, apasionáos como queráis, pero reflexionad andando, que sois cuerpos reales con órganos y necesidades reales; que la idea es cosa grande, magnífica; el sentimiento cosa bella, óptima; y el estómago una víscera que requiere alimentos, el cerebro un órgano que demanda oleadas de sangre rica, el cuerpo un organismo maravilloso que se nutre de cereales y carne y también de ideas. Un buen trozo de pan lleva en sus átomos las más geniales creaciones de los Platón, los Aristóteles, los Kant y los Spencer.

Conquistad, pues, el pan y también el ideal: todo en suma, pan para el cuerpo, pan para el alma, pan para el cerebro. Y que los artífices de cotos cerrados se queden en la soledad de sus vetustos palacios.

Ricardo Mella.

EN LOS DOMINIOS DE LA PATRONAL



Un programa de estímulo del «trabajo libre». (Concepción de la Sociedad de Fabricantes de Muebles y carpinterías mecánicas.)

COMO SE ELIGE UN SOV

... ...

Hablando con los compañeros del C di cuenta de que muchos de ellos estab inclinados a aceptar el centralismo y l dura del proletariado.

Gordin, que era la cabeza más visibl culto, se denominaba «Universalista», poco que había salido de la cárcel de donde pasó tres meses por el delito de l do elegido para el Soviet de Moscú por lo ros de la fábrica donde trabajaba.

El de Gordin es un caso curioso de c tienden la libertad los bolcheviques y d significa el régimen de los Soviets en su

Obrero de una fábrica de municiones rificarse la elección de delegados para e de la barriada a que pertenecía la fábric sar de que los comunistas hicieron siemp cerrada para delegados de Soviet y no a ron la supresión de ninguno de sus can los obreros de la fábrica en que trabajab din suprimieron a un comunista y coloc éste.

Cuando al hacer el escrutinio en la ofici Soviet, se vió que se había suprimido a u munista y elegido a Gordin, se le puso el ve se anuló la elección, para él solo, no para comunistas que habían sido elegidos en la m ma lista.

Como con arreglo al número de votos que r quería alcanzar un candidato, a la fábrica aquella correspondía un delegado, se verificó una nueva elección. El resultado, en la segunda, fué el mismo que en la primera. Gordin salió elegido.

Nueva anulación y nueva elección. Era ya la tercera.

Pero tampoco esta vez se salieron con la suya los comunistas bolcheviques.

El escrutinio dió una mayoría casi absoluta a Gordin.

Entonces, los bolcheviques, «respetuosos con la voluntad de los trabajadores y la dictadura del proletariado (?), anularon la elección, metieron en la cárcel a Gordin y acordaron que, por el momento, quedara aquella fábrica sin representación en el Soviet de la barriada.

Debemos ratificar aquí lo que ya alguien, escribiendo de Rusia, ha manifestado: que toda elección para el Soviet se hacía a presencia y bajo el más riguroso control de la Tcheka, lo que no era para inspirar ideas de independencia y respeto a la voluntad de los votantes.

Encerrado Gordin y anulada la elección, se propuso a los obreros nueva consulta electoral, a lo que se negaron, y a Gordin se le propuso renunciara al cargo. Obstinado éste en su derecho, los bolcheviques no veían el medio de salirse con la suya.

Presentar un nuevo candidato no podían, pues mientras los obreros de la fábrica votasen por Gordin, saldría siempre derrotado el comunista.

Al fin, comprendiendo los compañeros de Gordin que persistir en la conducta adoptada era convertirse en los carceleros de su camarada, optaron, si el Soviet celebraba nueva elección, por abstenerse de tomar parte en la misma, por lo que el candidato oficial saldría elegido aunque por una minoría de votos. Así ocurrió.

Sabedor el Soviet de la actitud en que se colocaban los obreros, convocó a nueva elección en la fábrica, y el candidato comunista salió elegido por una treintena de votos, de los dos mil y pico que a la fábrica correspondían.

Y eso que Gordin, como la mayoría de los componentes del Club anarquista de la Teverskaia transigía y se acomodaba bastante con el centralismo y la dictadura del proletariado.

... ...

Angel Pestaña.

De *Setenta días en Rusia.*

Nota de redacción.— El episodio que transcribimos de la segunda edición del libro del militante español Ángel Pestaña, se refiere al año 1920, en que él estuvo en Rusia. Por el tiempo transcurrido parecerá que la situación rusa mejoró en el sentido de reconocer a los trabajadores el derecho de participar a su voluntad en la elección de sus autoridades políticas. Sin embargo, no es así. El mal que señala Pestaña en «Setenta días en Rusia» lo señaló no hace muchos meses el ex comisario de guerra León Trotzky —si bien en términos generales— al ocuparse de los procedimientos electorales empleados por sus correligionarios los comunistas, abogando de paso por su abolición. Y las dudas que puede haber acerca de la sinceridad de Pestaña al ocuparse de este hecho, dada su posición ideológica adversa al bolcheviquismo, se disipan por el conocimiento de la opinión de Trotzky sobre el particular.

---

lismo, para actividades por entero extrañas a tus nobles preocupaciones de militante obrero.

Y eso no es lo peor. Ese sindicalismo de cancha y pelota, amplía sus horizontes, en su afán de atraerse muchachada, sin percatarse de que cada vez se aleja más de la acción cuyo nombre ostenta indebidamente. Tiene una «comisión de señoritas» con la misión fundamental de «largar la manga», tarea que desempeñan admirablemente por medio de una alcancía. Y en un patio, al efecto alquilado, se tanguea, alternando así las rudezas del football con los lánguidos balanceos de la danza. El número de «bailongos» está en relación con los «pechazos», que son muchos, pues a más de la alcancía circulan las listas de subscripciones con el nombre del malogrado Pacheco a la cabeza.

Lo extraordinario del caso es que estos compañeros, cuando concurren a la organización sindical lo hacen en son de hombres de empuje, como titanes que aun no volcaron el mundo burgués por habérselo impedido los supuestos reformistas que en el Sindicato actúan a modo de adormideras de los trabajadores. Pero cuando están solos y libres de «reformismo», en su patio y en su club, los arrestos revolucionarios se convierten en puntapiés a una pelota, y en el otro caso, en requiebros amorosos. Y así se hace escuela «revolucionaria».

En buena hora la atracción de los trabajadores jóvenes al Sindicato. Ellos son, indiscutiblemente, necesarios. Pero el club no es la mejor antesala del Sindicato ni tampoco el baile. Estas actividades son tan extrañas al Sindicato, que no es raro advertir cómo al enamorado de ellas se le cae el alma a los pies a poco que se le exije como precio de los mismos alguna dedicación a los asuntos del Sindicato.

Las actividades dedicadas al deporte, con fines de atracción de la juventud, sería mejor orientarlas hacia la organización de los talleres sin contralor sindical. La tarea no será tan amena, máxime si se relaciona con el baile, pero será más útil. Por de pronto, los compañeros que a ella se dedicaron y dedican, aportaron a la organización más elementos interesados en las tareas sindicales que los que se dedicaron al football, después al baile, y que parecen dispuestos a usar el nombre de Pacheco para una comparsa de carnaval.

Pittaluga.

Canje
"Freedon Press"
127 Ossulson.st
LONDRES

[...]RTE
[...]GO

Accion Obrera

ÓRGANO OFICIAL DEL SINDICATO O. DE LA INDUSTRIA DEL MUEBLE

Redacción: Rioja 835 BUENOS AIRES

[...]A PERSECUCION AL OBRERO TRAIDOR

[...]rumiro», el obrero que inconsciente o [...]ntemente en una huelga declarada pa[...]ener mejores condiciones de trabajo o [...]lidaridad, se despreocupa del movi[...] y se queda al servicio del patrón, [...]nsidera como un traidor. La huelga no [...]lacer ni una diversión. No se hace por [...] de pelea, sino que se realiza para li[...] un poco de la miseria económica, de [...]sión y de la injusticia social.

[...]rero que no quiere intervenir en la lu[...] temor o para conseguir del patrón una [...] recompensa por su condición de ser[...]ical, con objeto de gozar de mayores [...]eraciones y conseguir un puesto de ca[...] ese obrero resulta un enemigo de sus [...]adas y se hace acreedor a un trata[...]o duro.

[...]si siempre esos malos compañeros rea[...] su nefanda acción sin contratiempos de [...]gún género. Se burlan de la dignidad, del [...]ber, de la solidaridad. Para ellos la cues[...]ón fundamental es aumentar su bienestar [...]ersonal, en detrimento de sus camaradas que [...]luchan y se sacrifican. Cuando se gana una huelga, esos obreros traidores también se benefician. Si se pierde, también salen ganando, puesto que gozarán del aprecio del patrón, por haber sido instrumentos para vencer a los huelguistas.

Hoy no existen obreros que no comprendan que los que siguen trabajando en tiempo de huelga son unos miserables traidores. Esa manera de pensar hace tomar medidas de rigor, para tratar sin piedad a esos malos camaradas Si el soldado que durante la guerra se pasa al enemigo se le considera como traidor, y se le trata como a tal, no se puede concebir de otra manera al obrero que en la lucha pasa a servir al enemigo, traicionando a sus compañeros de miserias.

Es justo, pues, luchar contra los traidores.

Esos actos de guerra social no agradan a los patrones. Y no sólo no son de su agrado, sino que tratan de desacreditarlos por medio de la prensa, sosteniendo que constituyen un atentado a la libertad individual. Los periodistas no dejan pasar la ocasión de atacar a los obreros, estigmatizando la lucha contra los traidores. A esa acción la califican de procedimiento imbécil y brutal. Admitimos que se trata de un procedimiento brutal, pero lo de imbécil no.

En lenguaje de guerra, la persecución es una acción que, si bien atenta a la libertad individual, lo hace poniendo en primera línea el interés general de los trabajadores.

La huelga es la lucha contra la miseria, que hace más víctimas que las más sangrientas guerras. La libertad de trabajar, haciendo sufrir privaciones a los huelguistas y a sus mujeres e hijos, en tiempo de conflicto social, es una traición y una cobardía. Es una medida saludable accionar contra esos obreros miserables y de alma mezquina.

Los hombres de todos los pueblos y de todas las épocas han considerado de ese modo a los que atacaban sus intereses. Los revolucionarios de 1793 no titubeaban en usar la guillotina o las balas para con los nobles y todos los que traicionaran la causa de la revolución. Y los patriotas pasan por encima de la libertad individual del soldado que se niega a marchar contra el enemigo, y le hacen comprender por la violencia que todos los soldados tienen un mismo deber frente al enemigo.

La libertad es algo muy hermoso y superior, mientras no obstaculice el interés general.

En tiempo de huelga los trabajadores deben unirse para la acción común contra el opresor y explotador de todos, si no quieren volver vencidos al taller y sufrir la acción patronal con más furia que antes. El obrero que se niega a marchar es un traidor, y, del mismo modo que al soldado que traiciona, según los patriotas, debe ser castigado. Los patriotas fusilan al soldado traidor. Los obreros aun no fusilan a los traidores. Primero les hacen comprender, buenamente, todo lo odioso que resulta su acción; y, si a pesar de eso, insisten en su mala acción, entonces comienzan a repartirles algunos golpes para que se curen de su feo mal.

Entra en acción la justicia burguesa contra los trabajadores que luchan; y de paso se faculta a los traidores para que llevn armas y contesten o asesinen a los huelguistas. Los burgueses piensan poner término a la lucha que contra los traidores realizan los huelguistas. Pero están en un error, puesto que esa lucha ya es una costumbre de la clase obrera organizada.

Incitando a los obreros traidores a que reaccionen contra los huelguistas, los patrones no hacen más que contribuir a que las huelgas sean violentas, a que se derrame sangre, a que se acentúe el odio, y que la vida de los traidores se haga más difícil en los talleres donde hay espíritu de lucha y de dignidad entre los productores.

Los patrones podrán utilizar todos los recuros a su alcance, usar todas las violencias legales e ilegales; la prensa podrá realizar campañas furibundas; la justicia de clase distribuir meses y años de prisión, pero todo eso es inútil. El proletariado revolucionario sabe perfectamente que está en su interés al seguir valientemente su obra de saneamiento. Los tribunales, las cárceles y la policía no pueden ni podrán dominar el instinto de conservación del proletariado.

La moral burguesa puede declarar que la acción contra los obreros traidores es un procedimiento bárbaro, pero la moral obrera se burla de eso y enaltece su obra. Y cuando es posible un hecho de esa especie, cuando existen dos morales en una misma sociedad, es porque la revolución ya ha hecho camino en el alma de los trabajadores.

Luis Chazai.

MOVIMIENTO DE SOCIOS

ABRIL

Profesión	Ingreso directo Oficial	Ingreso directo 1l2 oficial	Con pase	Reingresos	Total
Ebanistas	58	22	13	4	97
Lustradores	14	12	2	.3	31
Escultores	1	1	—	—	2
Tapiceros	4	1	—	3	8
Torneros	2	—	—	—	2
Peones	4	—	—	—	4
Maquinistas	5	3	1	1	10
Silleteros	1	—	—	—	1
Carpinteros	1	—	—	—	1
Doradores	1	—	—	—	1
Pintores	1	—	—	—	1
	92	39	16	11	158

MAYO

Profesión	Ingreso directo Oficial	Ingreso directo 1l2 oficial	Con pase	Reingresos	Total
Ebanistas	60	16	5	17	98
Lustradores	14	13	2	7	36
Escultores	3	—	—	—	3
Tapiceros	4	1	—	—	5
Peones	5	—	—	—	5
Maquinistas	4	3	—	1	8
Silleteros	1	1	—	—	2
Carpinteros	2	—	—	—	2
Doradores	3	1	—	—	4
Pintores	1	—	—	—	1
	97	35	7	25	164

BALANCES DEL S. O. DE LA I. DEL MUEBLE

MAYO

ENTRADAS

Saldo.—	
Saldo del mes anterior	5.173.63
Cotizaciones.—	
Cotizaciones según estampillas números 10701 al 14000, Serie G.	3.300.—
Alquileres.—	
Alquiler de la U. S. A., correspondiente a Enero, Febrero y Marzo	600.—
Alquiler de la U. O. L. de B. A. correspondiente a diciembre, Enero y febrero	120.—
Cuotas especiales.—	
100 estampillas Pro-Huelga de la Ley de Jubilaciones, de $ 1.00	100.—
Donaciones.—	
Al Comité Pro-Presos de B. Aires	4.40
Muebles.—	
Venta de un escritorio	10.—
Reembolso.—	
Devolución de una parte del depósito por Alquileres, hecho por el ex-Sindicato de Tapiceros	5.—
	9.313.03

SALIDAS

Alquileres.—	
Alquiler de Secretaría	430.—
Alquiler de Salones	100.—
Útiles.—	
Útiles de limpieza	12.30
Cotizaciones.—	
8.200 cotizaciones de la U. S. A. correspondiente a Enero, Febrero y Marzo	820.—
8.000 cotizaciones a la U. O. L. de B. A. correspondiente, a Diciembre Enero y Febrero	240.—
8.000 Cotizaciones al Comité Pro-Presos de Buenos Aires, correspondiente a Diciembre, Enero y Febrero	400.—
Sueldos y Jornales.—	
Secretario general	254.40
Ayudante de Secretaría.	72.50
Cobrador	404.—
Limpieza	115.—
Comisiones y Delegaciones.—	
Por jornales y horas perdidas	146.40
Tranvías.—	
Gastos de tranvías	22.20
Imprenta.—	
Impresión de circulares y otros trabajos	176.05
Propaganda.—	
Manifiestos, carteles murales para anuncio de conferencias, etc.	34.—
Biblioteca social.—	
Por la compra de libros	271.—
Encuadernación.—	
Por la encuadernación de libros	70.10
Electricidad.—	
Consumo de energía eléctrica por los meses de Marzo y Abril	69.28
Porte Pago.—	
Por remisión de circulares para Asambleas, periódico, etc.	192.77
Acción Obrera.—	
Por su impresión	285.—
En idisch	16.80
Comité de Huelga, taller Ponti.—	
Por su mantenimiento	732.55
Detenidos.—	
Gastos para compañeros detenidos	1.50
	4.865.77

RESUMEN

Entradas	9.313.03
Salidas	4.865.77
Saldo que pasa al mes de Junio	4.447.26

DISTRIBUCIÓN

Saldo que pasa al mes de junio	4.447.26
Depósito de Alquileres	2.097.—
Depósito de garantía del Porte Pago	100.—
Depósito en garantía por Salones	100.—
Depósito a la C. H. A. D. E.	50.—
Préstamo al S. O. Afines al Automóvil	1.000.—
Ocho (8) Acciones reembolsables de la Biblioteca Obrera	80.—
	7.874.26

JUNIO

ENTRADAS

Saldo.—	
Saldo del mes anterior	4.447.26
Error de Balance de Junio	1.60
Cotizaciones.—	
2.700 cotizaciones s/estampillas números 14001 al 16700, Serie G.	2.700.—
Carnets.—	
Por la venta de 6 carnets	1.80
Reembolsos.—	
Devolución de una parte del Depósito de Alquileres, hecho por el ex Sindicato de Tapiceros	20.—
	$ 7.170.66

SALIDAS

Alquileres.—	
Alquiler de Secretaría	430.—
Alquiler de Salones	212.—
Útiles.—	
Útiles de Secretaría	1.55
Útiles de Limpieza	10.90
Cotizaciones.—	
2800 cotizaciones a la U. O. Local de Buenos Aires por el mes de marzo	84.—
2800 cotizaciones al Comité Pro-Presos de Buenos Aires, por marzo	140.—
Sueldos y jornales.—	
Secretario General	211.20
Ayudante de Secretaría	60.—
Cobrador	220.—
Limpieza	120.—
Donaciones.—	
A la Sección Marineros de la Federación Obrera Marítima	200.—
Comisiones y Delegaciones.—	
Jornales y horas perdidas para efectuar comisiones varias, etc.	6.25
Tranvías.—	
Gastos de tranvías durante el mes	1.00
Propaganda.—	
Manifiestos, carteles murales para anuncio de conferencias, etc.	14.50
Biblioteca social.—	
Por la compra de libros	186.85
Encuadernación.—	
Por la encuadernación de libros	21.90
Electricidad.—	
Consumo de energía eléctrica	37.20
Porte pago.—	
Por remisión de circulares para Asambleas, periódico, etc.	204.14
Estampillas.—	
Por la compra de timbrados postales	52.40
Comité de reorganización.—	
Por su mantenimiento	439.80
Comité de huelga, Taller Ponti.—	
Por su mantenimiento	713.—
Expedición.—	
Gastos de expedición	6.50
Subvenciones.—	
A «Bandera Proletaria»	5.—
	$ 3.378.79

RESUMEN

Entradas	7.170.66
Salidas	3.378.79
Saldo que pasa al mes de julio	3.791.87

DISTRIBUCIÓN

Saldo que pasa al mes de julio	3.791.87
Depósito de Alquileres	2.077.—
Depósito en garantía del Porte Pago	100.—
Depósito en garantía por Salones	100.—
Depósito a la C. H. A. D. E.	50.—
Préstamo al S. O. Afines al Automóvil	1.000.—
Ocho (8) Acciones reembolsables de la Biblioteca Obrera	80.—
	7.198.87

Serafín Garbini, Contador — V. Tidone, Tesorero

José Martínez — Vicente Ocio — Luis Dechaíno, Revisores de cuentas